

The background of the cover is a dense, repeating botanical illustration. It features clusters of small, pale yellow flowers with prominent stamens, interspersed with various types of green leaves. Some leaves are broad and ovate, while others are more elongated and serrated. The entire scene is set against a warm, orange-brown background. The illustration is rendered in a style reminiscent of early 20th-century scientific or decorative art.

ANTIGÜEDADES
John Crowley

Lectulandia

Estas siete exquisitas incursiones a un pasado mítico de luz tenue y a un presente rico y vívido abarcan desde la delicada tragedia de «Nieve» hasta la alta comedia del relato epónimo «Antigüedades». Hay en estos cuentos colores, imágenes e ideas que parecen flotar delante de nosotros como un olor de humo de leña en el otoño, y que dejan en el lector recuerdos de candelabros de bronce, madera pulida y hojas secas... Crowley es maravilloso, y estas son historias maravillosas para cualquier estación.

SAMUEL R. DELANY.

El tiempo no borra las imágenes de Crowley; las hace más claras y más verdaderas. Usted pasará años leyendo *Antigüedades*.

CONNIE WILLIS.

Lectulandia

John Crowley

Antigüedades

ePub r1.2

Trips 28.08.14

Título original: *Antiquities*
John Crowley, 1993
Traducción: Matilde Horne

Editor digital: Trips
Corrección de erratas: Trips
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

para Val 'n' Tina

Nosotros decimos que para consolarnos por la pérdida del Paraíso Dios nos concedió sólo a nosotros entre todas sus criaturas Esperanza y Memoria. Mejor dijéramos: Sólo porque somos criaturas cargadas con Esperanza y Memoria alentamos la ilusión de un Paraíso que nosotros y solamente nosotros hemos perdido.

La niña verde

De la veracidad de esta historia han dejado constancia Ralph de Coggeshall y William de Newbridge, y los dos dicen que aconteció en su época, hacia mediados del siglo XII, en West Suffolk.

En un lugar llamado Pozos-de-Lobos, una mujer de la aldea encontró dos niños a la entrada de uno de los pozos, una niña y un niño más pequeño. Los Pozos-de-Lobos, aunque por todos conocidos, nunca habían sido explorados, pues se los consideraba peligrosos y de mal agüero, y nadie sabía cómo eran de profundos ni a dónde conducían. Y allí estaban los dos, parpadeando a la luz del sol, los pálidos ojos vacíos de imágenes, como si acabaran de abrirlos a este mundo. Eran muy pequeños para la edad que aparentaban y tenían la piel verde, ese verde pálido, luminoso de los bordes de un cielo crepuscular en el verano.

La mujer soltó la pelota de lana que había estado ovillando, hizo la señal de la cruz y otras señales contra el Mal de Ojo y la Gente Pequeña; los niños la observaban, pero no mostraban ninguna reacción, como si no comprendieran que esos gestos les estaban dirigidos. La mujer, sintiendo que a pesar de su color verde —la coloración de la Gente Pequeña—, quizá fueran, después de todo, dos niños que se habían extraviado, se acercó y les preguntó cómo se llamaban y de dónde venían. Los dos retrocedieron, asustados, el niño intentando escapar para meterse en la boca del pozo; la niña corrió tras él y lo retuvo, y le habló con palabras de una lengua que la mujer no pudo comprender. Tratando de zafarse de la niña, el pequeño sacudía la cabeza y gritaba, como si no creyera lo que ella le decía; otra vez lo apartó ella brutalmente de la entrada del foso, y le habló con dureza. El pequeño rompió a llorar, un mar de lágrimas, y su hermana —a la mujer le pareció que debían de ser hermano y hermana— lo estrechó con fuerza como para impedir que llorase, mirando todo el tiempo a la mujer con sus grandes ojos pálidos, como pidiendo ayuda, o como si le tuviera miedo, o ambas cosas a la vez.

La piedad de la mujer prevaleció sobre su sentimiento de extrañeza, y se acercó a ellos, diciéndoles que no tuvieran miedo, preguntándoles si se habían perdido.

—Sí —dijo la niña, y su forma de hablar, aunque diferente del lenguaje humano común, era inteligible—. Sí. Perdidos.

La mujer los llevó a su casa. El pequeño, siempre llorando, no quiso entrar, pero la hermana, a su manera brusca y a la vez protectora, lo condujo dentro. La penumbra en el interior de la casa pareció tranquilizarlos, por más que el chiquillo no dejaba de lloriquear. La mujer les ofreció comida, buen pan, un tazón de leche, pero ellos la rechazaron con repulsión. La mujer resolvió ir en busca de ayuda y consejo. Haciendo ademanes y hablando con dulzura, les dijo que la esperasen, que descansaran, que ella no tardaría en regresar; dejó los alimentos a su alcance por si

querían comerlos, y corrió a llamar a sus vecinos y al cura, preguntándose si cuando volviera los niños verdes, o sus pertenencias, o la casa misma no habrían desaparecido.

Cuando volvió, la acompañaban un tejedor que tenía fama de ser docto en hechizos y otras malas artes y sabía curar la apoplejía, la mujer de éste, y alguno que había encontrado en el camino, aunque no el cura, que estaba durmiendo cuando ella acudió a buscarlo; y todos fueron a ver a los niños verdes, con los perros de la aldea ladrando a la zaga.

Y allí estaban los dos, tal como la mujer los había dejado, sentados y muy juntos, los verdes pies desnudos colgando fuera de la cama. El doctor en hechizos encendió un cabo de vela bendecida que había traído, pero no inmutó con eso a los niños, que sólo miraban ansiosos y en silencio, como tímidos animalitos salvajes, aquellos rostros que los observaban desde la puerta y la ventana. En la oscuridad de la casa parecían emitir un tenue resplandor, como de miel.

—No quieren comer —dijo la mujer—. Tráeles habichuelas —dijo el doctor-hechicero—. Habichuelas, eso es lo que come la Gente Pequeña.

En este aspecto al menos, eran Gente Pequeña; cuando la mujer les trajo las habichuelas, las comieron los dos sin vacilar y con voracidad, pero seguían rechazando cualquier otro alimento.

No contestaron a ninguna de las preguntas que les hicieron sobre el lugar de donde venían, ni cómo habían llegado a los Pozos-de-Lobos, y cuando se les preguntó si podían volver allí, lo único que hicieron fue echarse a llorar, el chiquillo a todo trapo, la niña como a regañadientes, tenso el rostro y los puños apretados, las lágrimas temblando en las pestañas de sus ojos luminosos. Más tarde, sin embargo, al atardecer, cuando toda la gente se hubo marchado y cuando el niño, agotado de tanto llorar, se quedó dormido, la mujer, preguntando con dulzura, con la fría mano verde de la niña en la suya, pudo al fin conocer la historia.

Venían, dijo la niña, de un país que quedaba debajo de la tierra. Allí siempre había una luz crepuscular, «como ésta», dijo, haciendo un gesto como para abarcar la penumbra de la casa, el azul del cielo que se ensombrecía rápidamente en la puerta y la ventana, y acaso también los pájaros que cuchicheaban ya, somnolientos, y los susurros del viento del anochecer en el follaje fuera de la casa. Hacía frío en su país; ese hálito frío que los aldeanos sentían emanar de los Pozos-de-Lobos, incluso en pleno verano, era la exhalación de su país. Allí, toda la gente tenía la misma coloración; se habían asustado muchísimo tanto del raro color de la mujer como del insoportable resplandor del sol.

Ella y su hermano eran niños pastores, y habían ido en busca de una oveja extraviada. También ellos se habían extraviado, y entonces, después de interminables horas de terror, habían oído, a los lejos, repicar una campana. Guiados por el tañido

de la campana, habían encontrado la salida del pozo.

¿Pensaban volver a casa?, preguntó la mujer. No, no podrían hacerlo. Todo cuanto en ese país es salida, dijo la niña, no es entrada; de eso estaba segura, aunque porque eran así las cosas no supo explicarlo. No, ellos no podían volver por el mismo camino. Su hermano, dijo, no quería creerlo, pero así era.

Había anochecido, y nuevamente la mujer le ofreció a la niña el tazón de leche dulce. Esta vez lo aceptó, con una especie de temor reverente, y con tanta cautela como si fuera vino de misa, bebió algunos sorbos. Devolvió el cuenco a la mujer y se pasó el dorso de la mano por los labios, con una expresión de temor y a la vez de resolución, como si hubiera tomado veneno deliberadamente. La mujer la puso a dormir en la cama junto con su hermano, y ella misma se acurrucó en el suelo. Durante la noche oyó en más de una ocasión que el niño se despertaba y lloraba; pero la niña no lloró más. Años más tarde la mujer evocó la historia y no pudo recordar si la niña había vuelto a llorar alguna vez.

A la mañana llegó el cura. Interrogó minuciosamente a los niños. El pequeño se escondía detrás de su hermana y permanecía en silencio, pero la niña, ahora más suelta de lengua, le contó con su acento tan extraño lo mismo que le había contado a la mujer la noche anterior, insistiendo tímidamente en que esa era la verdad, pese a que el cura trató con astucia de tenderle una trampa para hacerle confesar que eran criaturas del diablo, demonios menores tal vez, o bien ficciones creadas por el diablo para confundir e inducir a error a los mortales. No los amedrentó la cruz ni las reliquias de santos que el cura había traído en un frasco de cristal; sin embargo, la niña no pudo contestar a ninguna de las preguntas que él hizo acerca del Salvador, la Iglesia, el cielo o el infierno. Al cabo, el cura se palmeó las rodillas y se levantó, diciendo que no sabía decir quiénes o qué podían ser, pero que al menos era preciso bautizarlos. Y fueron bautizados.

El pequeño seguía inconsolable. No quería comer otra cosa que no fueran habichuelas, que engullía con voracidad, sin que al parecer le sirvieran de alimento; no hablaba con nadie más que con su hermana, y con palabras que sólo ella entendía. Se consumía rápidamente. La niña no permitía que nadie más que ella lo cuidara, no la mujer, y especialmente no el doctor hechicero, aunque el niño languidecía a ojos vistas; pronto dejó hasta de llorar; y una noche la niña despertó a la mujer, y con los ojos secos le anunció que su hermano había muerto. Luego de un tiempo de reflexión y de rezar algunas oraciones, el cura decidió que podía ser enterrado en camposanto.

La niña continuó viviendo con la mujer, que no tenía hijos y era viuda. Llegó a comer alimentos humanos sin dificultad, y con el tiempo fue perdiendo el color verde, aunque sus ojos seguían siendo enormes y extrañamente dorados, como los de un gato, y nunca llegó a tener una estatura normal, manteniéndose siempre pequeñita, delgada, y de algún modo insustancial. Ayudaba a la mujer en las tareas de la casa;

llevaba a pastar las ovejas de la aldea, escuchaba la misa los domingos y los días festivos, iba a las procesiones y a las fiestas de la aldea. El cura, siempre alerta a la posible aparición de signos diabólicos, oía contar historias, que era desvergonzada y que no tenía ningún recato y que cualquier muchacho que supiera cómo pedirselo podía poseerla bajo el seto; pero no era tal vez la única muchacha de la aldea de la que podía decirse lo mismo.

La mujer, contenta y agradecida de que se hubiera quedado y no hubiera enfermado como su hermano, dejó de hacerle preguntas sobre su lejano país y lo que allí acontecía; pero muchos otros querían escuchar su historia, y venían de lejos a interrogarla. Ella los recibía a todos, sentada en el rincón de la chimenea con su mejor vestido, y repetía para ellos el cuento, que con el correr del tiempo se hizo un poco más largo. Decía que su país se llamaba Sanmartinlandia, porque su santo patrono era San Martín. La gente verde que allí habitaba, decía, era cristiana, y rendía culto a nuestro Salvador, pero los sábados, como los judíos. Decía que a la orilla de su país había un río muy ancho, y que del otro lado de ese río había un país luminoso al que ella siempre había anhelado viajar, pero al que nunca había ido. A veces, cuando hablaba de ese país radiante, los ojos se le llenaban de lágrimas. La mujer, ahora anciana, cuando le oía contar esas cosas, y recordando lo ignorante que había sido en materia de religión en presencia del cura, se preguntaba si esas historias no serían sustitutos de recuerdos reales de un oscuro y distante país que ella habría perdido con los años así como había perdido su color crepuscular.

Con el tiempo, según consta en las versiones de esta historia, la niña verde se casó con un hombre en Lenna, y allí «sobrevivió largos años». No se tienen noticias de qué clase de hombre era su marido ni de qué clase de esposa fue ella para él; ni si hubo hijos de esa unión y, si los hubo, si la sangre que había en ellos originaria de ese lugar que su madre llamaba Sanmartinlandia los hacía diferentes de otros niños. Si hubo hijos, e hijos de esos hijos, y si por ventura una veta de ese extraño país verde y también del distante país luminoso vislumbrado a través del ancho río se infiltró en nuestra simple raza humana, ha de estar ahora sin duda tan diluida, tan mezclada y ahogada en luz de día y sangre roja, que ya ni siquiera se encuentra presente en nosotros.

William de Newbridge dice que estos sucesos tuvieron lugar durante el reinado del rey Esteban, y que él al principio no creyó en la historia, pero que más tarde el testimonio general lo convenció de que era cierta.

Missolonghi 1824

El milord inglés, decepcionado pero no abochornado ni contrito, retiró sus manos de los hombros del muchacho. —¿No? —dijo—. No. Muy bien, de acuerdo, de acuerdo; si es así, tendrás que perdonarme...

El muchacho, desesperado, pensando que había ofendido al caballero inglés, se aferró al capote de tartán del milord hablando a borbotones en romaico, sacudiendo la cabeza, al borde de las lágrimas.

—No, no, querido mío —dijo el milord—. Tú no tienes para nada la culpa. He sido yo que, confundido por tus demostraciones de afecto, me dejé llevar, e hice algo impropio. Ha sido sólo eso, y eres tú el que debe perdonarme a mí.

Con su andar extraño, su cojera desacompasada y vacilante, fue hasta el sofá, y se reclinó en él. El muchacho siempre erecto, plantado allí en el centro de la cámara, inició (pasando al italiano) una larga perorata acerca de la devoción y el respeto que sentía por el noble señor, que le era tan caro como la vida misma. El noble señor lo observaba con curiosidad, sonriendo. De pronto, alzó una mano como para atajar el discurso del muchacho: —Oh, basta, basta. No ves que son precisamente sentimientos como éstos los que me confundieron. De veras, te lo juro, me equivoqué y no volverá a suceder. Pero no te quedes ahí de pie, sermoneándome, no hagas eso; ven, y por lo menos siéntate a mi lado. Ven.

El muchacho, sabiendo que una frialdad digna era casi siempre la actitud más apropiada cuando alguien le hacía ese tipo de proposiciones, se acercó y se detuvo, todavía de pie, al lado de su patrón, con las manos cruzadas a la espalda.

—Bien —dijo el milord, adoptando a su vez un aire más serio—. Te diré una cosa. Si no te quedas así, tieso como un palo, si pones tu cara de todos los días... siéntate, ¿quieres?, entonces... entonces, ¿qué haré yo? Te contaré una historia.

El muchacho se ablandó instantáneamente. Se sentó, o se acuclilló, al lado de su amo, no en el sofá, sino en el suelo, sobre los harapos de una alfombra. —Una historia —dijo—. ¿Una historia de qué, de qué?

—De qué, de qué —dijo el inglés. Empezaba a sentir aquí y allá, dentro, en todas partes, en ninguna, los dolores familiares de la noche—. Si tienes la bondad de graduar la lámpara —dijo— y de abrir un botellón de esa ginebra Holland y servirme una copa con un poco de *limonata*, y echar después un leño al fuego... entonces veremos «de qué, de qué».

El exiguo aposento estaba ahora a oscuras, aunque no en silencio: todavía se oían los resoplidos y relinchos de los caballos que entraban en el patio, las voces de los soldados suliotas y de los pedigüeños y gorriones que se congregaban alrededor de las fogatas de la cocina, conversaciones que podían terminar en insultos, disputas, grescas, o disolverse en risotadas. En lo posible, el noble caballero extranjero de

quien todos dependían excluía a aquella gente de la privacidad de este recinto; aquí tenía él su sofá, y la mesa que utilizaba para escribir: montones de correspondencia, en hojas de papel timbrado con cantos dorados para impresionar, o en papel común para explicar (interminables las explicaciones, las lisonjas, las concesiones que estos griegos exigían de él); y otra pila de papeles, grandes folios entreverados, profusamente anotados: las estrofas de un poema; últimamente le había costado recordar que estaba escribiéndolo. Y también encima de la mesa, entre los papeles en desorden, no tan incongruentes ahora como le habrían parecido en otras épocas, una espada de ceremonia dorada, un fantástico yelmo empenachado de estilo griego, y una pistola Manton.

Bebió a sorbos la ginebra que el muchacho le había servido, y dijo: —Muy bien. Una historia. —El muchacho se sentó otra vez en cuclillas sobre la alfombra, los oscuros ojos alzados hacia su amo, alerta como un lebrél: y el poeta vio en su rostro esa insaciable apetencia de historias (¿en qué muchacho de su edad en Inglaterra, en qué chico de la escuela pública o incluso en qué hijo adolescente de carretero o campesino encontraría esa expresión?), esa misma apetencia insaciable que debió reflejarse en los rostros congregados alrededor de la fogata a cuya lumbre narrara sus historias Homero. Se sentía casi avergonzado por la expresión abierta, confiada del rostro del muchacho: le podría contar cualquier cosa, y se la creería.

—Bueno, esto ha de haber acontecido —dijo—, calculo yo, en el año en que tú naciste, poco más o menos; y aconteció en un distrito no muy distante de este lugar, allá en la Morea, una región que tus propios antepasados, hace mucho, muchísimo tiempo, llamaban Arcadia.

—Arcadia —dijo el muchacho en romaico.

—Sí. ¿Has estado allí?

El muchacho meneó la cabeza.

—Agreste y extraña resultaba para mí en aquel entonces. Yo era muy joven, no mucho mayor que tú en este momento, por difícil que te resulte imaginar que fui así alguna vez. Y estaba viajando, estaba viajando porque... bueno, no sabía por qué; por el gusto de viajar, en realidad, aunque eso era algo difícil de explicar a los turcos, que no viajan por placer, sabes, sino por lucro. Sin embargo, yo descubrí para qué viajaba: eso es parte de esta historia. Y una parte también de la historia de cómo he venido a parar a este lugar, a esta ciénaga nefasta donde estoy ahora contigo, contándotela.

»En Inglaterra, sabes, donde casi toda la gente es hipócrita por naturaleza, y por lo tanto se escandaliza con facilidad, una proposición como la que yo te hice en un momento de ofuscación, querido mío, de haber llegado a ser de público conocimiento, nos habría metido a los dos, pero sobre todo a mí, en un brete de todos los demonios. Cuando yo era joven ahorcaron a un hombre por hacer esas cosas, o

más bien porque lo descubrieron haciéndolas. Nuestros vicios son las putas y la bebida, sabes; otros vicios son severamente castigados.

»Sin embargo, no fue eso lo que me instó a viajar; tampoco fueron las mujeres, eso vendría más adelante. No, yo creo que fue el clima, por encima de todo. —Se ciñó un poco más el tartán alrededor del cuerpo—. Bueno, esta humedad invernal, esta lluvia de hoy, de todos los días de esta semana; estas nieblas. Imagínate que no cesaran nunca: verano e invierno, siempre igual, salvo que en invierno es... bueno, ¿cómo voy a explicarte un invierno inglés? Ni lo intentaré.

»Tan pronto como mis pies tocaron estas playas, supe que por fin había llegado a mi verdadero hogar. Yo no era un ciudadano de Inglaterra en viaje por el extranjero. No: éste era mi país, mi clima, mi aire. Escalé el Himeto y escuché a las abejas. Subí a la Acrópolis. (Lord Elgin conspiraba a la sazón para saquear los edificios: quería llevar las estatuas a Inglaterra, enseñar a esculpir a los ingleses; a los ingleses que son tan capaces de esculpir como tú de patinar). Estuve en el bosque sagrado de Apolo en Claros: sólo que ya no existe allí ningún bosque, ahora todo es polvo. Tú, Loukas, tú y tus padres habéis talado todos los árboles, y los habéis quemado, no sé si por resentimiento o porque necesitabais leña, pero allí me detuve, en medio de las nubes de polvo, a pleno sol, y pensé: *He llegado dos mil años demasiado tarde.*

»Esa era la pena que empañaba mi felicidad, ¿te das cuenta? Yo no menospreciaba a los griegos de hoy, como lo hacían muchos de mis compatriotas, no pensaba como ellos que han degenerado, y que se merecen a sus amos turcos. No, yo me deleitaba con su compañía, muchachas y muchachos, albaneses, suliotas y atenienses. Estaba enamorado de Atenas, de sus calles estrechas y escuálidas, de sus mercados. No hacía excepción alguna. Sin embargo... Cómo deseaba no haberla *perdido*, y qué bien sabía que la había perdido para siempre. La Grecia de Homero; la de Píndaro; la de Safo. Sí, mi joven amigo: tú conoces soldados y ladrones con esos nombres; yo hablo de otros.

»Pasé el invierno en Atenas. Cuando llegó el verano organicé una expedición a la Morea. Iba conmigo mi valet Flechter, a quien tú conoces, pues todavía está aquí conmigo; y mis dos sirvientes albaneses, muy feroces y codiciosos y leales, bebiendo cada día odres enteros de vino Zean a ocho paras el oke. Y mi nuevo amigo griego Nikos, que es tu predecesor, Loukas, *tu prototipo* podría decir, el original de todos vosotros, los que yo he amado: la única diferencia era que él también me amaba.

»Esas montañas a las que íbamos, sabes, pueden verse desde aquí, desde estas ventanas, en un día claro y sin nubes como no los hemos tenido desde hace meses; esas montañas allá en el sur del otro lado de la bahía, que parecen tan desnudas y severas. Las cimas *son* desnudas, casi todas; pero todavía quedan restos de las antiguas florestas allá abajo, en los valles, y en los precipicios donde vierten sus aguas los ríos subterráneos. Hay bosques y prados: sí, ovejas y también pastores en

Arcadia.

»Es, como sabes o tal vez no, la tierra de Pan; a veces os atribuyo a vosotros, los griegos, una sabiduría que tendría que haberos venido con la sangre, pero que no ha sido así. El país de Pan; donde nació, donde todavía vive. Los poetas de la antigüedad decían que su hora era el mediodía, cuando sestea en las colinas; cuando, aunque no vieras al dios cara a cara (ay de ti si llegabas a verlo), oías su voz, o el sonido de sus flautas; una música triste, porque en el fondo es un dios triste, y llora por Eco, su amor perdido.

El poeta dejó de hablar un largo rato. Recordaba esa música, escuchada en la deslumbrante plenitud del sol arcadio, una música no diferente del canturreo del mediodía mismo, ese canturreo rítmico, innominado, compuesto por zumbidos de insectos, exhalaciones de los árboles, el acelerado latir de tu propia sangre en tu cabeza recalentada por el sol. Sin embargo, también aquel zumbido era un canto, poderoso y vivificante; y triste, infinitamente triste: pues hasta un dios podía confundir las reverberaciones de su propia voz con la voz del amor.

Había otros dioses en aquellas montañas además del gran Pan, o los hubo en otros tiempos; el pequeño grupo de viajeros atravesaba bosques o pasaba cerca de estanques donde en otra época habían erigido pequeñas estelas, hoy en día escoradas, cariadas y mohosas o rotas y deterioradas, pero cuyas figuras podían aún descifrarse algunas veces: rústicas ninfas, medias figuras achaparradas de hombres barbudos con cuernos y grandes falos, rotos o intactos. Los ortodoxos del grupo se santiguaban cuando pasaban por delante, los musulmanes apartaban los ojos o las señalaban y se reían a carcajadas.

—Los dioses menores de las regiones boscosas —dijo el poeta—. Los dioses de los cazadores y los pescadores. Me recordaban mi tierra natal, Escocia, donde los hombres y las mujeres todavía creen hoy en hadas y duendes, y les dejan comida, o amuletos para aplacarlos. Era muy, muy parecido.

»Y no me cabe duda de que esos viejos escoceses tienen sus razones para actuar como lo hacen, tan buenas razones como las que tuvieron los griegos. Como las que todavía tienen... por donde viene a cuento esta historia.

Bebió otra vez (necesitaría bastante más que esa copa para pasar la noche) y posó una mano cautelosa en los negros rizos de Loukas. —Fue en uno de esos claros donde acampamos una noche. Tanto bailaron y cantaron los albaneses alrededor del fuego, «Cuando éramos ladrones en Targa», y estoy seguro de que lo habían sido, y tan simpático me había caído a mí el lugar, que al mediodía del día siguiente todavía estábamos allí, descansando a nuestras anchas.

»Mediodía. Canto de Pan. Pero también alcanzábamos a oír otros sonidos, ruidos humanos, un cuerno de caza, estallidos y estampidos en la cañada más allá de nuestro campamento. Y luego figuras: campesinos armados con rastrillos y garrotes, un viejo

con una escopeta.

»Era evidente que había algo así como una batida, aunque costaba imaginar que las presas de caza fueran en aquellas montañas tan abundantes como para atraer a semejante multitud; costaba creer que muchos jabalíes o ciervos pudieran subsistir en la región, pero a juzgar por el alboroto que armaban los aldeanos se hubiera dicho que andaban persiguiendo un tigre.

»Durante un rato nos unimos a la partida, tratando de ver qué pasaba. Un grito se elevó desde el suelo en la parte más espesa del bosque, y por un instante vi, sí, algo así como una bestia delante de la jauría, huyendo enloquecida hacia los matorrales, y oí el grito de un animal... luego nada más. A Nikos no le gustaba esa persecución en el calor de la jornada, y la partida acabó por dispersarse fuera del alcance de nuestra vista.

»Hacia el anochecer llegamos a la aldea misma, en la cima de una montaña y un paso: un puñado de casas, y más arriba, en la escarpa, un monasterio donde los monjes se mortificaban ayunando hasta la inanición, una taberna y una iglesia. La excitación era tremenda; los hombres se pavoneaban por la calle con sus armas. Al parecer, la caza había sido fructífera, pero no era fácil determinar qué presa habían capturado. Yo apenas hablaba romaico en aquel entonces; los albaneses, ni media palabra. Nikos, que hablaba italiano y un poco de inglés, despreciaba a los habitantes de esas montañas, y el trabajo de traductor pronto empezó a resultarle aburrido. Pero poco a poco fui concibiendo la idea de que el objeto de aquella persecución a través de frondas y cañadas no había sido un animal sino un hombre, un pobre loco tal vez, un hombre salvaje de los bosques a quien habían capturado con el solo propósito de mortificarlo. Y a quien ahora tenían enjaulado en los aledaños, en espera, al parecer, de que lo juzgara algún caudillejo de la aldea.

»Yo sabía demasiado bien a qué extremos podían llegar el fanatismo y la intolerancia de gentes como aquellos aldeanos, y de los griegos y también de sus amos turcos, llegada la ocasión. Quienquiera que los amedrentase, o que se granjeara su antipatía o desaprobación, tendría grandes problemas con ellos. Ese mismo invierno en Atenas yo había intercedido por una mujer a quien las autoridades turcas habían condenado a muerte, pues la habían sorprendido en un amor ilícito. No conmigo: conmigo no la habían sorprendido. No obstante, me propuse salvarla, cosa que logré con mucha bambolla y una cierta cantidad de plata. Pensé que acaso pudiera socorrer al pobre infeliz que esa gente había capturado. No soporto ver enjaulado ni a un animal salvaje.

»Nadie vio con buenos ojos mi intervención. El caudillejo de la aldea no quiso recibirme. Los aldeanos escapaban de mis albaneses; los más fanfarrones, los primeros en huir. Cuando por fin encontré a un sacerdote que pudiera darme alguna explicación sensata, sólo me dijo que yo estaba muy equivocado y que lo mejor que

podía hacer era no inmiscuirme. Estaba terriblemente excitado, y habló de violación, no una sino muchas, o la posibilidad de que las hubiera en todo caso, pero que habían sido evitadas, gracias a Cristo. Pero yo no podía dar crédito a lo que el sacerdote parecía decir: que el cautivo no era en modo alguno un loco sino un hombre de los bosques, alguien que nunca había vivido entre seres humanos. Nikos tradujo lo que decía el cura: “Habla, sí, pero nadie entiende lo que dice”.

»Ahora yo estaba más fascinado aún. Pensé que quizá fuera uno de esos Niños Salvajes, de los que se cuentan historias de tanto en tanto, abandonados para que mueran y criados por lobos; cosas a las que uno no da crédito normalmente, pero... Había algo en la atmósfera de la aldea, en la frenética exaltación del cura, una mezcla de temor y de triunfo, que hizo que me abstuviera de seguir preguntando. Esperaría el momento.

»Había empezado a oscurecer, y la gente de la aldea parecía estar preparándose para una nueva brutalidad. Habían encendido antorchas de pino a lo largo del camino de la cañada, donde retenían al cautivo. Parecía posible que planearan quemar vivo al infeliz; yo debía impedir que pusieran en práctica cualquier idea de ese tipo, sin pérdida de tiempo.

»Como Maquiavelo, escogí una combinación de fuerza y persuasión como la más adecuada para llevar a cabo mi propósito. Pagué para los hombres de la aldea una cantidad de bebida en la *taberna* y aposté a mis albaneses armados en el sendero que conducía al pequeño valle donde se encontraba el cautivo. Luego me acerqué en paz dispuesto a verlo todo con mis propios ojos.

»Al fulgor de las antorchas vi la jaula, postes verdes atados juntos. A la rastra, me acerqué a ella con sigilo, no queriendo despertar la alarma de quienquiera que fuese el prisionero. El corazón me latía con violencia, y yo no sabía porqué. Cuando me hube acercado, una mano oscura salió de la jaula y aferró uno de los barrotes. Algo en el movimiento de aquella mano, no puedo decir qué, no era el movimiento de una mano humana, sino la de una bestia; pero ¿qué bestia?

»Lo que a continuación me llegó fue el olor; una fetidez invasora, penetrante, que nunca más he vuelto a sentir pero que reconocería instantáneamente. Había un algo de sufrimiento y de miedo en ese olor, el olor de un animal que ha sido herido y se ha ensuciado; pero era a la vez una historia de vida, una mugre feroz que se ha sedimentado en libertad, sin trabas... no sé, es imposible, a la lengua le faltan palabras para describir los olores, por potentes que sean. Ahora sabía que lo que había en la jaula no era un hombre; sólo un animal peludo podía retener de ese modo un hedor tan terrible. Y sin embargo: *Habla*, había dicho el cura, y *nadie lo entiende*.

»Escudriñé el interior de la jaula. Al principio, no vi nada; oía, sin embargo, una respiración ansiosa, e intuí una serena quietud, la tensión de una criatura que espera un ataque. De pronto parpadeó, y entonces vi sus ojos clavados en mí.

»Tú conoces los ojos de tus antepasados, Loukas, los ojos pintados en las ánforas y en las estatuas más antiguas; esos enormes ojos almendrados, trazados en negro, de pupilas también negras, y que miran, miran, desbordantes de una vida que no es de este mundo. Así eran sus ojos. Ojos griegos que ningún griego ha tenido jamás; blancos en las alargadas comisuras, con grandes centros de ónix.

»Parpadeó de nuevo, y se movió dentro de la jaula: sus captores la habían hecho demasiado pequeña para que pudiera mantenerse erguido, y debía de sufrir horriblemente encerrado en ella. Levantó las piernas. Pugnaba por encontrar una posición más soportable, y un pie se le deslizó entre los barrotes hacia abajo y rozó casi mi rodilla, allí donde yo estaba en cuclillas en el polvo. Y supe entonces por qué cuando hablaba nadie lo entendía».

Al principio pensó que había más de un animal confinado en la pequeña jaula; su mente se resistía a conciliar ese pie extendido entre los barrotes y esa espinilla descarnada con el personaje de ojos grandes y respiración jadeante que había entrevisto dentro. Hendido: el pie que los cristianos tomaron de Pan y de los hijos de Pan para atribuirlo al Diablo. El poeta siempre había considerado su propio pie deforme como una especie de signo de su parentesco con los seres de aquella raza, a los que, sin embargo, junto con el resto de la humanidad moderna, había considerado meras fantasías. No lo eran: no ése, maloliente, jadeante, a la espera de palabras.

—Ahora sabía por qué me latía con tanta violencia el corazón. Me parecía asombroso pero muy probable que sólo yo, entre todos los griegos que había en el lugar, sólo yo tal vez de todos los mortales que había en Arcadia aquella noche, conociera la lengua que debería hablar esa criatura: porque me la habían hecho estudiar, sabes, me habían obligado a aprenderla a fuerza de golpes y súplicas y sobornos durante muchos y muy largos años en Harrow. ¿Era eso el destino? ¿Nuestro dios-padre me habría llevado allí esa noche para que le hiciera a ese hijo suyo algún bien?

»Arrimé la cara a los barrotes de la jaula. Temí por un momento haber olvidado todos aquellos miles de versos aprendidos de memoria. El único en que pude pensar no era demasiado apropiado. *Canta, oh Musa, dije, que un hombre de gran inventiva, que ha viajado por tierras y por mares...* y los ojos le centellearon. No me había equivocado: la criatura hablaba el griego de Homero, no el de estos hombres de la edad de hierro.

»¿Qué iba yo a decir ahora? Él permanecía callado e inmóvil dentro de su jaula, a no ser por la mano que asía los barrotes, esperando más. Comprendí que debía de estar herido, parecía obvio que a menos que estuviese herido nunca hubieran podido apresararlo. Yo sabía una sola cosa: no consentiría que me apartaran de él. Hubiera podido permanecer allí toda la noche, toda la vida. Busqué en la oscuridad la almendra blanca de sus ojos y pensé: *No la he perdido, no, después de todo: me*

esperaba aquí para que la encontrase.

»Sin embargo, yo no tendría toda la noche. Ahora mis albaneses descargaban sus armas, la señal que habíamos convenido, y se oían gritos coléricos; los hombres de la aldea, a estas alturas convenientemente exaltados, se encaminaban hacia nosotros. Saqué de mi bolsillo una cortaplumas, todo lo que llevaba conmigo, y me puse a trabajar en la dura fibra de las cuerdas de la jaula.

»*Atrema*, dije, *atrema, atrema* que, recordaba, era “silencio, silencio”. La criatura no se movió ni hizo ruido alguno mientras yo cortaba, pero cuando me apoyé en uno de los barrotes con la mano izquierda para sostenerme, extendió una mano de largas uñas negras y me agarró la muñeca. No con furia, pero tampoco con ternura: con fuerza, con deliberación. Sentí que se me erizaban los pelos de la nuca. No me soltó hasta que hube cortado las cuerdas y separado los barrotes.

»Había salido la luna, y él se asomó a la luz. No era más alto que un niño de ocho años y sin embargo con qué fuerza atrajo la oscuridad hacia él, como si a la noche le hubiese faltado algo hasta entonces y él la hubiese completado al salir de la jaula. Vi que en verdad estaba herido: estrías de sangre le corrían por el pecho desnudo donde se había lastimado al caer o rodar por un declive escarpado. Vi los cuernos curvos alomados que le emergían de la apelmazada pelambre de la cabeza; le vi el sexo, grande, sostenido contra el vientre por un repliegue de piel, como el de un perro o el de un macho cabrío. Alerta, la respiración siempre agitada, (el pecho palpitante, como si el corazón que alojaba fuese enorme) miraba en derredor, calculando qué lado era el más favorable para huir.

»*Ahora vete*, le dije. *Vive. Cuida de que no vuelvan a cercarte otra vez. Escóndete de ellos cuando debas hacerlo; róbales cuando puedas. Apodérate de sus mujeres y sus hijas, orina en sus huertos, arranca sus alambrados, enloquece sus ovejas y sus cabras. Enséñales a temer. Nunca nunca más dejes que te capturen.*

»Digo que le dije todo esto, pero confieso que no podía pensar ni la mitad de las palabras; mi griego había huido de mí. No importa: él clavaba en mí sus grandes ojos ardientes como si comprendiera. Lo que él me respondió no puedo decírtelo, aunque habló, sí, y sonrió; sólo fueron unas pocas palabras, con una voz cálida, vinosa, sonora y dulce. Eso fue una sorpresa. Tal vez era de Pan de quien recibía esa música. Puedo decirte que más de una vez he tratado de sacar esas palabras de donde sé que se encuentran escondidas, en lo más recóndito de mi corazón; creo que eso es en realidad lo que hago cada vez que intento escribir un poema. Y de vez en cuando, sí, no con frecuencia, pero algunas veces, vuelvo a escucharlas.

»Después se dejó caer sobre las manos, casi como lo haría un mono; dio media vuelta y echó a correr, y el mechón de pelos de la cola le flameó una vez, como en una liebre. Cuando llegó al final de la cañada, justo al filo de la arboleda, se volvió un instante y me miró. Y eso fue todo.

»Yo me quedé allí, sentado en cuclillas en el polvo, sudando en el aire de la noche. Recuerdo haber pensado que lo extraño del suceso era que hubiese sido en verdad tan *apoético*. No tenía ningún parecido con cualquier posible historia de un encuentro entre un hombre y un dios, o un dios menor, que yo hubiese oído jamás. No me fue concedido ningún don, no se me hizo ninguna promesa. Había sido como liberar a una nutria de una nasa. Y eso, aunque parezca mentira, fue lo que hizo que yo me sintiera tan feliz. La diferencia, hijo, entre los dioses verdaderos y los imaginarios es ésta: que los dioses verdaderos no son menos reales que tú».

Ya era medianoche profunda en la aldea; el alboroto había cesado, y de nuevo había comenzado a llover: las gotas chispeaban contra los techos, siseaban al caer sobre las fogatas.

No era verdad lo que le había dicho al muchacho: que no le había sido concedido ningún don, que no se le había hecho ninguna promesa. Porque fue después de Grecia cuando entró en posesión de esa cualidad por la cual, además de su facilidad para el verso, era esencialmente famoso: el don (no siempre fácil de sobrellevar) de atraer el amor de muchas gentes, de las clases y condiciones más diversas. Había aceptado el amor que inspiraba, y había buscado más, y tuvo también eso. *Sátiro*, lo habían llamado con frecuencia. Él suponía, cuando alguna vez pensaba en ese don, que lo había recibido de la mano del encornado: una parte del irresistible poder de fascinación de aquella criatura.

Bueno, si fuera así, él ya no poseía ese don: lo había gastado, consumido, agotado. Tenía treinta y seis años y parecía y se sentía mucho más viejo: enfermo y lisiado, la cara abotagada, la tez gris y macilenta, el bigote cano: absurdo imaginar que pudiera ser el objeto del amor de Loukas.

Pero sin amor, sin su fantástica posibilidad, él no podría ya defenderse del vacío: de la ominosa certeza de que la vida no importaba un ardite, pues no era más que un breve compendio de locura y sufrimientos que no valía la pena soportar. Él no se resignaría a aceptarla en esos términos; no, él la cambiaría por algo más precioso... por Grecia. Libertad. Hubiera querido dar la vida por algo heroico, pero incluso la muerte miserable que parecía ahora esperarlo aquí, en esta ciénaga mefítica, incluso eso tenía algún valor: la debería, en todo caso, a este clima que hizo de él un poeta: a la bendición que había recibido.

—Desde entonces, no he tenido noticias de que se haya visto en estas montañas una criatura de esa especie —dijo—. Yo creo, sabes, que los dioses menores son los más viejos, más que los del Olimpo, más, mucho más viejos que Jehová. No permita Pan que este haya muerto, si era el último de su especie...

Lo despertaron los disparos de los fusiles de los suliotas, fuera de la aldea. Penosamente, levantó la cabeza de la almohada empapada en sudor. Extendió una mano y pensó por un momento que Lion, su perro Terranova, yacía a los pies de la

cama. Era el muchacho Loukas, dormido.

Se incorporó, apoyándose en los codos. ¿Qué había soñado? ¿Qué historia había contado?

Antigüedades

—Hubo, por supuesto —dijo sir Geoffrey—, esa Plaga de Inconstancia en Cheshire. De corta duración, pero un fenómeno que no creo que podamos desestimar del todo.

Era muy tarde en el Traveller's Club y sir Geoffrey y yo habíamos estado hablando (como parecíamos hacerlo con frecuencia en aquellos años de mayor y a la vez más tenue expansión del Imperio) de ciertas irrupciones anómalas de lo foráneo y lo insólito en la apacible vida de la isla natal: efectos menudos, imprevistos, que esos siglos de aventura y apropiación habían tenido sobre una raza esencialmente sedentaria. Eso pensaba yo, en todo caso. Era muy joven en aquel entonces.

—No vale que lo mencione usted así, «por supuesto», tan a la ligera —observé yo, mientras trataba de atraer la mirada de Barnett, a quien sentí a la vez que vi cuando pasaba a través de la brumosa media luz del salón de fumar—. Yo no tengo ni la más remota idea de qué fue esa Plaga de Inconstancia.

Del interior de su traje de etiqueta sir Geoffrey extrajo una cigarrera, que se parecía a una hilera de cigarrillos tan vagamente como el sarcófago de una momia se parece a la forma humana que contiene. Me ofreció uno, y los encendimos sin prisa; sir Geoffrey provocó un pequeño torbellino en su copa de brandy. Comprendí que esos rituales eran introductorios, y que, en otras palabras, yo tendría mi cuento.

—Fue hacia fines de los años ochenta —dijo sir Geoffrey—. No sé por dónde me llegó la primera noticia, aunque no me sorprendería que haya sido por una de esas frívolas notas de *Punch*. Al principio no le presté atención; «la fantasía y la locura generalizada del populacho», o algo de ese tenor. Yo había regresado poco antes de Ceilán y me sentía terrible, irremisiblemente agobiado por el clima. Cuando llegué, acababa de comenzar el otoño, y pasé los cuatro meses siguientes más o menos recluido detrás de puertas cerradas. ¡La lluvia! ¡La niebla! ¿Cómo podía haberlas olvidado? Y lo más extraño era que nadie parecía prestarles la menor atención. Mi criado solía correr las cortinas cada mañana y anunciar con la voz más jovial del mundo: «Otro día lúgubre y lluvioso, ¿eh, señor?», y yo me volvía invariablemente de cara a la pared.

Pareció percatarse de que las reminiscencias personales lo habían desviado del relato, y chupó a fondo el cigarrillo como si en él estuviese la fuente de la memoria.

—Lo que le dio cierta notoriedad fue un caso de asesinato aparentemente común. La mujer de un agricultor de Winsford, casada desde hacía varias décadas, se presentó una noche en la Gavilla de Trigo, una taberna donde su marido pasaba las horas muertas delante de una pinta de cerveza. Extrajo de debajo de las faldas una vieja escopeta de caza. Hizo una observación que fue ulteriormente repetida de formas muy diversas por los espectadores y le disparó con los dos cañones. Uno falló, pero el otro fue más que suficiente. Supimos que el marido, al percatarse de lo que

estaba por suceder, no pareció mostrar sorpresa ni zozobra, simplemente alzó la vista y... bueno, esperó la muerte.

»Durante el proceso, los testigos informaron que la asesina había dicho, antes de disparar, “Hago esto en nombre de todas las otras”. O tal vez “Hago esto, Sam (que así se llamaba él), para salvar a las otras”. O posiblemente, “He tenido que hacer esto, Sam, para salvarte de esa otra”. La mujer parecía haberse vuelto loca de remate. Les hizo a los investigadores un relato complejo y horripilante del que ellos, desafortunadamente, no tomaron nota, porque no pudieron encontrarle ni pies ni cabeza. La esencia racional de la historia era que la mujer había matado a su marido por infidelidades flagrantes que ella ya no podía soportar. Cuando el magistrado preguntó a los testigos si tenían conocimiento de tales infidelidades (esas cosas, en una comunidad pequeña, son notoriamente difíciles de ocultar), los hombres, en pleno, declararon que no. Pero después del juicio las mujeres hicieron insinuaciones oscuras y vagas, que si ellas hablaran tendrían mucho que decir, y esas cosas. La asesina fue declarada insana por el tribunal, y ella misma se ahorcó, en Bedlam, poco tiempo después.

»No sé cuan familiarizado estará usted con esa asfixiante región del mundo. En aquellos años la agricultura era en el mejor de los casos una actividad ingrata, solitaria, tediosa y de escasa renta. Los peones contratados eran inveterados bebedores. Los precios habían bajado. Las mujeres envejecían prematuramente, al soportar partos sucesivos además de una carga de trabajo por lo menos igual a la de sus hombres. Lo que estoy tratando de decir es que aquella sociedad es, o era, menos propicia que cualquier otra para el adulterio, los amoríos, la aventura romántica. Sin embargo pudo verse, después de que este crimen lo puso en evidencia, por así decir, dramáticamente, que había en el norte de Cheshire una verdadera plaga de esposos inconstantes.

—Es difícil imaginar —dije yo— qué pruebas pudo haber de la realidad de un hecho así.

—Tuve ocasión de ir al condado ese otoño, justo en el momento culminante de la historia —prosiguió sir Geoffrey, acariciando un cenicero con la punta del cigarro—. Había al fin conseguido vencer mi malestar y empezaba de nuevo a aceptar invitaciones. Un individuo que había conocido en Alejandría, un agente comercial que había prosperado de forma espectacular, me invitó a una cacería.

—Extraño lugar para cacerías.

—Extraño tipo. *Arriviste*, para decirlo con franqueza. La hospitalidad fue dispendiosa; la finca era uno de esos caserones de Cheshire, un *faux*-gótico de ladrillo rojo, si usted entiende lo que quiero decir, y la impresión que daba de desolación y melancolía era notable. Y no hubo cacería; llovió a torrentes todo el fin de semana. Lo pasamos sentados aquí y allá hojeando una novela o jugando al Cairowhist, que es

como nosotros llamábamos al bridge en aquellos tiempos, y mirando por las ventanas. Una noche, sin saber qué proponer a modo de entretenimiento, nuestro anfitrión, que se llamaba Watt, y...

—¿Watt, de nombre? —pregunté yo.

—Watt. Era ahora un estudiante de mesmerismo, o hipnotismo, como él prefería llamarlo, y sugirió que podríamos tal vez divertirnos un rato sondeando el oscuro interior de nuestras mentes. Todos rechazamos la proposición, pero Watt insistió y consiguió sobornar al fin a un individuo corpulento, miembro de una familia de la aristocracia terrateniente del lugar y, esto es importante, un inveterado agricultor, un palurdo que casi no hablaba de otra cosas que de nabos.

—¿Incluso en el oscuro interior de su mente?

—Ah. Aquí llegamos al quid del asunto. La esposa de este caballero también estaba presente en la reunión, y uno no podía dejar de notar el aire de avergonzada culpabilidad con que el hombre se mostraba todo el tiempo frente a ella, la mirada esquiva, el estremecimiento nervioso cada vez que ella se acercaba y le hablaba, y a la vez un cierto aire soñador, una abstracción en la que parecía caer por momentos.

—Preocupado por sus nabos, tal vez.

Sir Geoffrey aplastó como con enfado su cigarro, como si me reprochara la irreverencia. —Lo cierto es que ese individuo de cara rubicunda, absolutamente vulgar, *estaba engañando a su mujer*. Uno podía leer esa verdad como si la llevara escrita en la pechera de la camisa. Su mujer parecía estar tan enterada como todos los demás; tenía el rostro tenso y contraído. Palideció cuando él aceptó ponerse en trance, y trató de sacarlo de la sala, pero Watt insistió diciéndole que se portara como un buen muchacho, y al fin ella se retiró con una jaqueca. No sé en qué estaría pensando el hombre cuando aceptó; había bebido un poco en exceso, supongo. Como quiera que sea, las luces se atenuaron y el instrumental de marras salió a relucir, el disco giratorio y todo lo demás. El terrateniente, ante la sorpresa de Watt, cayó en trance al instante, como asesinado de un mazazo. Nosotros supusimos, al principio, que había sucumbido a la borrachera, pero entonces Watt empezó a interrogarlo, y él a responder, con voz lánguida pero clara, nombre, edad y así sucesivamente. No tengo ninguna duda de que Watt sólo pretendía que el hombre se sostuviese un rato cabeza abajo, o se pusiera el chaleco al revés, esa clase de cosas, pero antes de que nada de eso comenzara, el hombre se puso a hablar. A dirigirse a alguien. A alguien femenino. Se había operado en él una extraordinaria transformación.

Sir Geoffrey, en las condiciones propicias, posee un verdadero talento para la mímica, y ahora parecía haberse transformado en el hipnotizado terrateniente, con los ojos vidriosos y entornados, la boca caída (aunque el bigote permanecía tieso) y una mano en alto como para ahuyentar a un espíritu inoportuno.

—“No”, dice. “Déjame en paz. Cierra esos ojos... esos ojos. ¿Por qué? ¿Por qué?”

Vístete, oh Dios...”. Y en ese momento parecía en verdad muy angustiado. Watt, claro está, tendría que haber despertado al pobre infeliz inmediatamente, pero estaba fascinado, como confieso que lo estábamos todos los demás.

»“¿A quién le estás hablando?”, preguntó Watt. “A ella”, dice el terrateniente. “A la mujer extranjera. La de las garras. La gata”.

»“¿Cómo se llama?”

»“Bastet”.

»“¿Cómo ha venido aquí?”

»Ante esta pregunta el terrateniente tuvo un momento de vacilación, y en seguida dio tres respuestas: “A través de la tierra. Por equivocación. En el *John Deering*”. Esta última respuesta desconcertó a Watt puesto que, como me contó más tarde, el *John Deering* era un buque de carga que él había utilizado a menudo para sus operaciones comerciales, y que hacía el trayecto regular Alejandría-Liverpool.

»“¿Dónde te ves con ella?”, preguntó Watt.

»“En las gavillas de trigo”.

—Se refería a la taberna, supongo —sugerí.

—Yo creo que no —dijo oscuramente sir Geoffrey—. Siguió hablando de las gavillas de trigo. Ahora estaba más animado, pero era más difícil entender lo que decía. Empezó a articular sonidos... bueno ¿cómo explicarlo? La respiración se le había vuelto estertórea, sus movimientos...

—Me parece que entiendo.

—Bueno, no, no puede entenderlo del todo. Porque fue una de las escenas más extrañas que he presenciado en mi vida. El hombre le estaba haciendo físicamente el amor a alguien a quien describía como una gata, o una gavilla de trigo.

—El nombre que pronunció —dije— es un nombre egipcio. Una diosa asociada con el gato.

—Precisamente. Fue a medio camino de este ritual cuando Watt al fin reaccionó y dio la orden de despertar. El hombre parecía aturdido, y estaba enteramente empapado en sudor; la mano le tembló cuando sacó el pañuelo del bolsillo para enjugarse la cara. Parecía a la vez culpable y satisfecho, como... como...

—El gato que se comió al canario.

—Tiene usted talento para encontrar similitudes. Miró uno por uno a todos los presentes, y preguntó con timidez si había hecho algo vergonzoso. Puedo decirle, amigo mío, que todos nos apresuramos a tranquilizarlo.

Sin que nadie lo llamara, Barnett se materializó junto a nosotros con el aire de quien está a punto de pronunciar trágicas e ineluctables profecías. Es su aire habitual. Sólo dijo que había empezado a llover. Yo le pedí un whisky con soda. Durante estas transacciones, sir Geoffrey parecía absorto en profundos pensamientos, y cuando volvió a hablar fue para musitar: —Curioso, verdad —dijo— que tan naturalmente

piense uno en los gatos como hembras, aunque todos sabemos perfectamente bien que están repartidos entre dos sexos. Hasta donde yo sé, esto es así en todo el mundo. Por ejemplo, cada vez que en un cuento un gato se transforma en un ser humano es, invariablemente, una mujer.

—Los ojos —dije yo—. Los movimientos... esa cierta sinuosidad.

—El aire de independencia —dijo sir Geoffrey—. Falso, claro está. La gata de uno depende totalmente de uno, aunque ella parezca no pensar lo mismo.

—La capacidad de aparentar un aire natural.

—Y el rencor.

—Para volver al principio —dije yo—. No veo cómo una sola mujer loca y un terrateniente hipnotizado puedan considerarse una plaga.

—Ah, es que ése no fue por cierto el final de la historia. Durante aquel otoño hubo, relativamente hablando, un chaparrón de juicios de divorcio y querellas por incumplimiento de promesa. Un suicida dejó una nota: «No puedo tenerla, y sin ella no puedo vivir». Más de una esposa de agricultor, después de años de devoción y numerosos retoños, lió sus petates y se fue a vivir a Chester con sus ancianos padres. Y así tantas otras.

»El lunes por la mañana, después de la humillación dominical del terrateniente, regresé al pueblo. Daba la casualidad que el lunes era día de mercado y pude observar de primera mano algunos de los efectos de la plaga. Vi maridos y esposas sentados en extremos opuestos de los carros, incapaces de mirarse a los ojos. Discusiones súbitas que estallaban sin motivo aparente a propósito de las legumbres. Vi lágrimas. Vi una y otra y otra vez esa misma mirada culpable, evasiva, avergonzada que describí en nuestro terrateniente.

—No es un indicio seguro.

—Hay otro elemento de prueba. La Iglesia de Roma nunca ha aflojado sus garras en esa parte del mundo. Parece que más o menos por aquella época cierto número de esposas católicas se pusieron de acuerdo y enviaron un petitorio al obispo local, diciendo que la región tenía necesidad de un exorcismo. Específicamente, que a sus maridos los estaba atormentando un súcubo. O súcubos; si uno o muchos, era imposible saberlo.

—No me sorprendería.

—Lo que me intrigó sobre todo —siguió diciendo sir Geoffrey, quitándose el monóculo de entre el pómulo y la ceja y puliéndolo con aire ausente— fue que en toda esta inconstancia sólo se acusaba a hombres; las mujeres parecían ser únicamente las partes agraviadas, nunca las culpables. Ahora bien, si tomamos como prueba las palabras del terrateniente, y no simplemente «la sustancia de que están hechos los sueños», tenemos el cuadro de una (o posiblemente más de una) mujer extranjera, egipcia al parecer, desembarcando en Liverpool y circulando sin ser

notada por Cheshire en busca de alguien a quien devorar y seduciendo a pequeños terratenientes en sus graneros entre los frutos de la cosecha. La idea se me antojó tan extravagante que me puse en contacto con un tipo que conozco del Lloyd's y le pedí que me mostrara las listas de pasajeros del *John Deering* de los últimos años.

—¿Y?

—No había ninguna. El buque había estado en dique seco durante los dos o tres años precedentes. Había hecho esa primavera una única travesía, y a continuación lo habían puesto fuera de servicio por tiempo indeterminado. En aquella travesía única no hubo pasajeros. La carga de Alejandría había consistido en lo de siempre, aceite, dátiles, sagú, arroz, tabaco... y algo llamado «antigüedades». Dado que la naturaleza de éstas no aparecía especificada, allí concluyó la cosa. La Plaga de Inconstancia no duró mucho; una carta de Watt en la primavera siguiente ni siquiera la mencionaba, a pesar de su avidez por conocer los detalles del caso; la mayor parte de lo que sé proviene de él y de sus buscas y rebuscas en el *Trumpet* de Winsford, o comoquiera que se llame. Es posible que jamás hubiera podido llegar a ninguna conclusión, de no haber sido por un encuentro casual en El Cairo, más o menos un año después.

»Me encontraba yo *en route* a Sudán después del desastre de Jartum, y estaba entonándome, por así decir, en el bar del Shephard. Entablé conversación con un arqueólogo que iba a hacer unas excavaciones en las cercanías de Memphis, y la conversación derivó naturalmente hacia el tema de los misterios egipcios. Un rasgo del carácter del antiguo hombre egipcio que nunca dejaba de asombrarlo, dijo, era el *absolutismo* irrevocable de sus convicciones. Una vez que habían decidido que una cosa era ritual y por tanto necesaria, no admitían que nada ni nadie los desviara de su determinación de llevarla a cabo.

»Puso como ejemplo los gatos. Sabemos en cuan alta estima tenían los egipcios a los gatos. Y si en tan alta estima los tenían, había que momificarlos después de muertos; y en verdad los momificaban. Todos, o casi todos. Los llevaban a sus tumbas con el cortejo de la familia doliente llorando detrás, y los enterraban con sus juguetes y alimentos favoritos para el tránsito a la otra vida. No hace mucho, dijo, unos *trescientos mil* gatos momificados fueron descubiertos en Beni Hassan. Una verdadera necrópolis gatuna, inviolada durante siglos.

»Y entonces me contó algo que me hizo vacilar. Más que vacilar. Dijo que, una vez descubiertos, todos aquellos gatos fueron desenterrados y embarcados con destino a Inglaterra. Todos, hasta el último.

—Santísimo Dios. ¿Por qué?

—No tengo ni la más remota idea. No se trataba, al fin y al cabo, de los mármoles de Elgin. Esa fue al parecer la reacción cuando llegaron a Liverpool, porque ni un solo museo, ningún coleccionista de antigüedades mostró el menor interés. Hubo que vender en subasta la totalidad de la partida para pagar una factura de transporte

marítimo bastante elevada.

—¿En subasta? ¿A quién, en nombre de Dios?

—A una empresa agrícola de Cheshire. Que procedió a fraccionarla y revenderla. A los agricultores de la región, mi querido muchacho. Para usarla como fertilizante.

Sir Geoffrey agitó vivamente su brandy casi intacto y clavó en él la mirada, observando las figuras que trazaba en el cristal, como si leyera en ellas algún secreto.

—Bien —dijo al cabo—, me pregunto si la mente científica puede aceptar que trescientos mil gatos varias veces milenarios amorosamente envueltos en lienzos delicados y enterrados para su reposo con especies y con talismanes, hayan sido exhumados en un país distante, y de un pasado también distante, y desmenuzados en la tierra negra de Cheshire, con la única finalidad de obtener buenos granos. Yo no estoy muy seguro. No estoy nada seguro.

El salón de fumar del Traveller's Club estaba ahora desierto, a no ser por el fatigado espectro errante de Barnett. Por encima de nosotros, en la pared, las cabezas encastradas de animales exóticos, ahora en las sombras, eran casi irreconocibles; uno tenía la sensación de que acababan de meter de viva fuerza las ahumadas testas y los ojos de vidrio a través de la pared, buscando algo, y que del otro lado habían quedado sus cuerpos, enormes e inimaginables. ¿Buscando qué? ¿A los socios, muertos también ellos tiempo atrás, que los habían asesinado y convertido en esto que ahora eran?

—Usted ha estado en Egipto —dijo sir Geoffrey.

—Poco tiempo.

—Yo siempre he pensado que las mujeres egipcias están entre las más hermosas del mundo.

—Tienen ojos magníficos, ciertamente. Con el velo, desde luego, uno ve poco más.

—Me refería específicamente a esas circunstancias en las que están sin velo. En todos los sentidos.

—Sí.

—Depiladas, muchas de ellas. —Hablaban con una voz tenue, soñadora, como si evocara escenas de un pasado ya muy lejano—. Una cosa que siempre me pareció... intrigante. Para no decir más. —Suspiró hondamente; se estiró el chaleco, preparándose para ponerse en pie; volvió a colocarse el monóculo. Ya era otra vez él mismo—. ¿Le parece —dijo— que podrá encontrarse a estas horas algo así como un coche? Bien, veamos.

—A propósito —pregunté cuando nos separábamos—, ¿qué pasó con el petitorio de exorcismo de las esposas?

—Creo que el obispo lo envió a Roma. El Vaticano, como usted sabe, no procede con diligencia en estos asuntos. Hasta donde yo sé, es posible que aún siga pendiente.

El porqué de la visita

No era tan alta como yo había supuesto que sería; siempre me había imaginado que sería mucho más alta que yo. Cierto es que siempre la han descrito como «alta», pero también es cierto que quienes son más grandes en nuestra imaginación no pueden nunca serlo tanto en carne y hueso (aunque supongo que, hablando estrictamente, no podía decir que ella estuviera allí en carne y hueso). Las facciones grandes, esculpidas, y las manos largas, la aparente *distancia* que había entre cada una de sus partes —entre las manos y las muñecas, la frente y la boca, la barbilla y el pecho—, todo me pareció en ella como habría sido en una persona verdaderamente alta, como yo siempre la había imaginado, pero el conjunto era de una escala más pequeña, como si la estuviera viendo a una gran distancia, viniendo hacia mí.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

Tuve la presencia de ánimo de recurrir de inmediato a un detalle de cortesía (como estoy seguro que lo habría hecho ella si yo así, de repente, hubiese ido a visitarla), a fin de postergar, por un momento, la embarazosa e inevitable sensación de desconcierto que presentía entre nosotros. Le ofrecí una taza de té, que ella aceptó; pero cuando me siguió a la cocina, maravillándose ya de lo que veía en mis habitaciones (un habitáculo neoyorquino común y corriente), descubrí que sólo me quedaba té instantáneo.

—Sabe mejor helado —dije, tratando de desviar su atención del horrible bote de polvo pardusco. Recuerdo que mi padre intentó en vano introducir el té helado en Inglaterra en el tórrido verano de 1944. Es decir, no lo recuerdo; yo tenía sólo dos años y vivía en Washington Square. Me acuerdo de él contándome la historia. Es agradable con un poquito de ron, dicen.

—¿Helado? —dijo ella, sus ojos de guacamayo muy abiertos. Le expliqué lo del té helado. No podría decir si la expresión de fascinada sorpresa que vi en su rostro encubría un horror genuino, o era horror genuino. La vi sorprenderse cuando la lucecita se encendió en el refrigerador, y cuando exprimí en el té zumo de limón de un limón de plástico. El limón de plástico le pareció enormemente ingenioso. Por un momento sentí una profunda e injustificada piedad por ella. Preparé bocadillos de mayonesa con pan casero Pepperidge.

—Qué extraordinaria variedad de cosas saca usted de botes y botellas —comentó.

Tomamos el té. Yo suponía que ella, por ser la visitante, estaría tímida, no sabría qué hacer o qué decir, y que me correspondería a mí explicar, aclarar misterios, comparar y contrastar. Me había parecido que me correspondía hacerlo con otros visitantes; al doctor Johnson, por ejemplo, le había explicado lo de los ascensores (no pudo comprender que el pequeño cubículo se había desplazado hacia arriba; siguió

persuadido de que afuera, mientras nosotros estábamos encerrados en él, iban cambiando velozmente el escenario). Y con Max Beerbohm había tenido que insistir para convencerlo de que me considerarían bien vestido, incluso algo así como un dandy, con mi viejo y amarillento traje tropical y una llamativa camisa hawaiana. Pero aquellos visitantes eran en verdad meras ficciones. Esta era la visita de *ella*, y ella hacía las preguntas y yo era el tímido.

Ella se interesaba siempre en las situaciones de los demás, en cómo todos se las arreglaban para seguir viviendo. Yo le respondía con cautela, procurando pasar por alto las cosas de mi vida que serían incomprensibles para ella. Ella, tan consciente de no haber tenido una educación universitaria, se asombró de que yo hubiera ido a una universidad decente y no hubiera llegado en mis lecturas más allá de Ovidio, del cual yo no recordaba casi nada, y que, sin embargo, fuera un caso insólito, al menos por haberlo intentado. No traté de explicarle que con todos sus agujeros mi educación era considerada, en mi círculo, lo suficientemente amplia como para ser decididamente esotérica. No quería que me viera como el tonto que yo me sentía ahora.

Apoyándose en mis respuestas, empezó a inventar una vida para mí, como todo el mundo dice que hacía ante personas que acababa de conocer. Sólo que para mí tenía que inventar también una época, y un lugar. El limón plástico y el té instantáneo —«para nada desagradable, de veras», dijo, pero no bebió gran cosa— le sugirieron la idea de que la sociedad estaba preparada ahora para proporcionar una vida sencilla y bohemia a los contemplativos, eliminando la necesidad de sirvientes y relaciones sociales complejas a fin de que otros impulsos pudieran florecer. Hasta sugirió que la luz del refrigerador estaba allí para que un poeta distraído cayera en la cuenta de que lo que miraba era la despensa y no el guardarropa cuando se descubría de pronto, delante del aparato, absorto en sus pensamientos. No intenté explicarle cuán tristemente equivocada estaba. Yo sólo disfrutaba del vívido futuro que ella imaginaba desde su punto de mira en el pasado, un futuro que era inseparable de ese pasado y de ese punto de mira, y que nunca se haría realidad; nunca se había hecho realidad.

—Como su ensayo sobre el vuelo en un aeroplano por encima de Londres —dije.

—Ajá. ¿Y por qué eso?

—Cuando se revela al final que usted nunca llegó a volar, que sólo lo imaginó.

—Ah. ¿Y era acertada mi descripción de la sensación de volar?

—No, no del todo.

—Oh, caramba.

Se hizo un silencio, y ella lió un cigarrillo. La diferencia entre los visitantes imaginarios y los reales consiste en que con los imaginarios uno puede en seguida hacer pie en lo que haya ocasionado la visita, sin preámbulos ni confusión; el ascensor motivó a Johnson, y cuando le dio una explicación, y él la rechazó en favor

de la suya propia, la visita había concluido. Pero ella y yo debíamos enfrentarnos ahora en un silencio embarazoso, con todo un mundo que nos circundaba y reclamaba ser explicado, o pasado por alto, como nosotros quisiéramos. Cuando se reclinó, el mimbre de la chaise longue crujió levemente. Metió una hermosa mano en el bolsillo de su viejo cardigan gris. El moño del pelo estaba empezando a soltársele. A mí me llamaba la atención que el brillo de las medias de seda, un detalle tan hipnótico en las fotografías, fuera igual al brillo de las medias de seda en la realidad; y a la vez tan distinto. Ella había empezado vaga, especulativamente, a preguntarse el porqué de la visita.

Su teoría —muy natural por cierto— era que ella había escapado de su momento histórico a su propia Inmortalidad, a su urna funeraria. De una locura inminente, de la febril desintegración que siempre coincidía con la terminación de uno de sus grandes libros, había escapado a la serena inmutabilidad que ese mismo libro conquistaría en parte para ella. El país: éste; la época: la presente; nada de todo eso tenía importancia. —No hasta que la lámpara haya quedado hecha añicos —dijo— y las páginas todas y en todas partes herméticamente encerradas en moho, pero entonces uno dejaría de ser, ¿no es cierto? Hasta ese momento, inmutabilidad, simplemente. Qué delicioso reposo. Eso es lo que uno anhelaba, ¿verdad que sí? Era aquello para lo que uno siempre se había preparado y que siempre había procurado encontrar, lo que uno había *inventado* a partir de todas los terribles anhelos e insatisfacciones, sin saber nunca que eso era exactamente lo que uno estaba inventando, y sin haber tenido, sin embargo, ninguna otra razón, todo el tiempo, salvo ésta. Qué grato y extraño que tuviera que ser así...

Sin embargo, ella no estaba serena. Su reposo era ese reposo enormemente activo que muestra en tantas fotografías, esa calma como la de la llama de una vela por un momento inmóvil. Sus ojos luminosos y valientes recorrían los lomos de mis libros, pero aquellos que ella tenía todo el derecho de esperar ver allí, no los encontraría. Esa era la dificultad: yo a ella la conocía, la conocía de un modo profundo, íntimo; mucho menos conocía sus libros. No recuerdo si llegué alguna vez al faro; si hubiera llegado, supongo que lo recordaría. Lo que yo había leído eran los ensayos, y las pequeñas biografías, y las memorias de Leonard; las cartas y diarios y artículos periodísticos. Yo era un amigo de ella, no un admirador. Su inmortalidad —esta visita a mí, en todo caso— no residía en las urnas perfectas que ella había emplazado en el único gran columbario sino en su antigua mortalidad.

—Bueno, lo que en verdad adoro son sus «Vidas oscuras» —dije—. Las releo una y otra vez.

—¿Sí? Fue divertido escribirlas.

—Pienso que en cierta forma son lo mejor que ha escrito.

—¿No las novelas?

—Bueno, en realidad no estoy, me temo, familiarizado con toda su obra.

—Comprendo.

Supongo que me ruboricé. Ella seguía pareciendo cortésmente interesada, enormemente comprensiva, pero ahora era sólo una máscara instantánea, puesta allí en un abrir y cerrar de ojos, de terrible decepción.

¡Oh, esos antiguos buenos modales perdidos! No había ninguna razón para que yo me sintiera un torpe patán delante de ella, que no supiera qué hacer, medido por la altura y el ancho y la profundidad de su calibrada sociabilidad, y hallado en falta. Sé demasiado bien que nada se pierde sin que se lo reemplace por algo de igual valor, por diferente que sea; sé que mi vida rebosa de satisfacciones que ella no puede imaginar. Pero a la nostalgia —a ese dolor que yo sentía— nada de eso le interesa; sólo sufre, siempre, por una pérdida irremediable, especialmente la pérdida de lo que uno nunca ha tenido del todo. ¡Sí! Empecé a comprender el porqué de la visita.

—La pequeña biblioteca provinciana a la orilla del mar —dije— donde usted encontraba esas biografías y memorias. Vacía; unas pocas personas inclinadas sobre el *Wesleyan Chronicle* mientras a través de la ventana llega el pregón del hombre que vende sardinas en la calle adoquinada. Estúpidamente ordinario. Pero no comprende usted, no ve que la pequeña biblioteca ha desaparecido ahora, y todas las demás semejantes a ella. Ninguna de esas cosas sobrevive en mi mundo. Y no obstante yo la veo; la siento; la huelo. Toco la madera encerada y oigo el rumor de las páginas al volverse. Me siento tan transportado a esta biblioteca por esas breves e intrascendentes frases suyas como usted a las viejas casas parroquiales y los caminos campestres en esas memorias.

»Ya ve usted, las cosas han cambiado tan de prisa. Lo sé: usted las sentía cambiar con una velocidad vertiginosa. Pero créame, el ritmo se ha acelerado. De manera inimaginable. El mundo físico íntegro, o al menos la parte creada por el hombre, parece alterarse totalmente cada pocos años. De modo que su vida, su lugar en el tiempo y las sensaciones de ese tiempo, la constelación de sentimientos suscitados en usted por el mundo son ahora lo más distante que yo pueda captar completamente. Están un pelo más allá de mi alcance; sin embargo me parece que aún puedo sentirlos. Pero puesto que el mundo cambiaba tanto más despacio en su juventud, su sentido del pasado, su vivencia de sensaciones experimentadas en el pasado, fue más larga que la mía, usted llegó más lejos. Usted podía tocar con las manos cien años atrás, no apenas treinta o cuarenta. Y puesto que cien años antes que usted la rueda giraba tan, tan lentamente, los hechos físicos del mundo cambiaban también de manera imperceptible... quiero decir que un fuego encendido en el locutorio de una vicaría en 1820 olía igual que la misma habitación en 1720, o 1620... esas manos que usted tocaba tocaban manos que podían tocar manos que se habían enlazado en el viejo, viejísimo e inmutable círculo alrededor del antiguo fuego primordial.

Ella no había interrumpido esta intempestiva parrafada; parecía distante. Las manos, las manos blancas, largas, le descansaban ahora en el regazo. Rosamond Lehmann decía que cuando Virginia levantaba las manos delante del fuego para calentárselas, parecían casi transparentes, como si pudieran vérsese los huesos delicados a través de la piel. Pero aquí no había ningún fuego.

No dijimos nada más. Al cabo de un rato Leonard, temeroso de que pudiera fatigarse en exceso, vino a recogerla.

No obstante, después de que se hubo marchado, su perfume persistió durante largo rato en la habitación, un perfume escogido casi al azar en Jermyn Street; un perfume escogido por su bonito nombre, no por su fragancia, que ella no quiso que el empleado le hiciera probar en la parte interior de la muñeca donde late la vena azul. Además, ella tenía que llegar antes de la hora de cierre a un comercio cercano, si podía recordar la calle y en qué esquina exactamente se cruzaba con ésta, donde vendían plumas, y donde ella podría precisar más sus exigencias: es decir, donde ella tendría exigencias. De pie en Oxford Street, extrañamente vivificada por la primera ráfaga de incipiente otoño que desgarraba el aire londinense como una pluma nueva la hoja de papel de grano grueso, pensó repentinamente en telegrafiar a Leonard para decir que después de todo había decidido quedarse en la ciudad y asistir a la fiesta de Lady Colefax; la imaginaba, una larga conversación a la luz de una lámpara en una habitación de oscura madera artesonada, esa vasta sala y los jóvenes idénticos y seguros de sí mismos en traje de etiqueta, el pelo y los ojos negros y suaves como sus solapas de satén. Pero... imagina ahora el gentío alrededor de ella, haciendo un rodeo para esquivarla como una corriente de agua que esquiva una piedra, con las mismas disculpas susurrantes... y eso implicaría tener que enfrentar la taquilla en la oficina de telégrafo, el acusador formulario en blanco, y ella nunca sabía explicarse con claridad en los telegramas. No; volvería este mismo largo anochecer a Rodmell, como había prometido. Aún habría luz cuando hiciera el camino desde la estación; las rosas que en tan conmovedora profusión habían persistido hasta tan avanzado el año en los muros del Monasterio dejaban caer los últimos de sus pétalos innumerables en el camino que ella recorrería hasta el portal donde brillaba la luz de la lámpara. Y mañana vendrían Vanessa y los chicos y leerían los periódicos del domingo en el jardín mientras Leonard escardaba concienzudamente las malas hierbas, y habría cartas que escribir, y un libro nuevo materializándose «en esa hora entre el té y la cena, cuando tantas cosas parecen no sólo posibles sino ya cumplidas». La Estación Victoria, entonces, el vasto espacio humoso, y el pequeño billete de cartón, y el compartimiento con olor a rancio tal vez vacío.

Volvió la cabeza para orientarse. Al hacerlo, sintió el Tiempo como una enorme espiral cónica. Sintió que se cerraba a medida que subía, se cerraba y apretaba ascendiendo hacia una furiosa estasis de inmediatez. El Tiempo podía comprimirse;

en realidad, era muy sencillo, y ella podía comprimirlo hasta transformarlo en un punto. Podía comprimirlo hasta que cupiera, todo, en el espacio más diminuto: en un día, en una noche... no, en una hora, incluso en el movimiento de una cabeza, la simple media vuelta de una cabeza de ojos grandes.

Generosa con los muertos

Cuando Phillippa Derwent hubo sorteado al fin los diversos intercomunicadores y operadores, y una voz juvenil respondió «¡Hola!» en un tono incierto y remoto, fue como si hubiese rastreado a una tímida alimaña hasta su madriguera secreta y por un momento deseó no haberse embarcado en eso; odiaba que la tomaran por una entrometida, y sabía que algunas veces podía actuar como si lo fuera.

—Soy Phillippa Derwent —dijo, y esperó un momento. Al no tener respuesta, preguntó—: ¿Es usted John Knowe? Amy Knowe era mi...

—Sí. Sí, desde luego. Tía Phil. Perdona. Hace muchos...

Hacía, sí, muchos años —más de veinte—, años que para su sobrino, que sólo tenía once cuando Phillippa lo había visto por última vez, sin duda habían pasado mucho más despacio que para ella misma. Algo así como una forzada puesta al día era por lo tanto la tarea inmediata. Siempre había imaginado que la vida de su sobrino estaba llena de incidentes y que probablemente no había sido feliz; la suya, que ella suponía feliz, había sido una vida como tantas, sin grandes contratiempos ni mayores avatares. Su hermana Amy se había casado con un hombre al que no amaba, por el bien de John, decía, y se habían ido de Nueva Inglaterra —esa fue la última vez que Phillippa los vio— iniciando una serie de mudanzas siempre más y más hacia el oeste. Las cartas de Amy, de lectura poco placentera, se habían espaciado cada vez más, y reducido por último a una tarjeta para las Navidades con una nota distraídamente escrita en el reverso. El padrastro había desaparecido; o en todo caso, dejó de ser mencionado. Cuando murió su madre —con quien Phillippa había vivido sola durante muchos años— Amy no había venido para el funeral.

En algún momento, en el correr de aquellos días, Amy había escrito diciendo que John había entrado en un seminario, y cuando Phillippa vio mencionado en el periódico local que un John Knowe acababa de ser nombrado para integrar el cuerpo docente de una escuela católica de niñas de Westchester, la posibilidad de que pudiera ser su sobrino, devuelto al este por los azares de la vida, fue transformándose (lentamente, porque le era difícil imaginarlo de otro modo que como un chiquillo tímido, de ojos enormes, poco desarrollado para su edad) en una obvia certeza. Por diversas razones (en su mayor parte no las que se daba a si misma), no lo llamó; pero cuando llegó la carta del abogado informando que el testamento de la prima Anne había sido finalmente desenmarañado, decidió encargarse de transmitírselo a John. Absurdo, se dijo, vivir tan cerca y no reanudar relaciones; si él no tomaba la iniciativa, lo haría ella.

—Tenía algunas propiedades en Vermont —le dijo—. Nada del otro mundo, pero te ha dejado una parte a ti, o más bien te ha tocado a ti por incomparecencia o algo por el estilo...

—No la vieja finca —dijo él, con voz lejana.

—Ah, no. No. Mamá y yo vendimos la finca hace años. No, una parcela de tierra, no muy lejos al norte de la finca, y se me ocurrió que a lo mejor te gustaría verla. De todos modos, yo estaba proyectando un paseo por allá. El follaje ha de estar en todo su esplendor, y pensé...

—Yo no sé conducir.

—Bueno, yo sí. —Empezaba a sentirse algo impaciente—. Tengo entendido que hay algunos papeles que firmar, allá, en el bufete del abogado. Se podría hacer todo al mismo tiempo.

—Bueno —dijo él—, eres muy amable. —Hubo una pausa, y luego añadió—: Lamento lo de la finca.

Delgado, la barba oscura, no ataviado con la toga clerical, esperaba en las gradas del colegio con un aire abstraído y a la vez atento que a ella se le antojó familiar. ¿A quién le recordaba? A él, sin duda; a él de niño. Por un momento lo estudió sin salir del coche ni hacerle señas, sintiéndose irremisiblemente transportada al pasado.

—John.

—Tía Phil. —Parecía tan extrañado como no lo estaba ella. Ella se sentía intimidada; debía de parecerle un vejestorio horrible después de tantos años. Sin embargo le apretó la mano con afecto, y luego de un momento de vacilación le besó la mejilla, casi con ternura. Aquellos ojos grandes eran como ella los recordaba. Por un momento un nudo apretado le oprimió la garganta, y clavó la vista en el cielo como pretexto para volver la cabeza.

—Debo prevenirte —dijo—. Tengo mala suerte con el tiempo. A donde voy el cielo azul se vuelve negro. —Y en efecto, en el oeste, unas nubes blancas, compactas, se desplazaban por el cielo precedidas por unos cirros pálidos que el viento deshilachaba: nubes de tormenta, las llamaba siempre su madre.

Carreteras al norte: a lo largo de estas civilizadas autopistas, las hiedras ya tenían tonalidades otoñales y cargaban sobre los árboles aún verdes unos mantos multicolores. Desde los años veinte, cuando su padre adquiriera la finca para sus veraneos, ella había hecho ese trayecto muchas veces, al principio por caminos de tierra a través de la entonces rural Connecticut, más tarde viajando bajo esos puentes abovedados, cada uno distinto del otro, y ahora deslizándose como sobre patines por las superautopistas que se adentraban —en un tiempo le había parecido imposible que alguna vez pudieran hacerlo— hasta el corazón mismo de Vermont. En esta época del año, ella y Amy y sus padres habrían estado viajando en la otra dirección, no hacia la finca sino yéndose de ella, donde vivían de mayo a octubre; volviendo a casa, decían siempre ellos, aunque a Phillipa siempre le había parecido lo contrario: abandonando el verdadero hogar por el otro, el de la vida utilitaria, el exilio.

—La vendimos en 1953 —dijo, en respuesta a la pregunta de él—. El verano

después de que ustedes se marcharan de esta parte del mundo. Se había convertido en una carga. Papá había muerto, y ustedes ya nunca venían; mamá y yo necesitábamos dinero para comprar la casa en Rye. Tuvimos una oferta inesperada al final del verano, una oferta muy buena, y vendimos. Nos sentimos agradecidas. Supongo.

—¿Qué era una entonces muy buena oferta?

—Cinco mil. Y otros cien o algo así por los muebles; el comprador se llevó la mayor parte.

—Cinco mil. —Él meneó la cabeza.

—Nosotros pagamos dos, en los años veinte. Y buena parte de la tierra ya no era nuestra.

—Mil novecientos cincuenta y tres —dijo él en voz baja, como si la fecha fuera un objeto precioso y frágil. No dijo más, y se quedó mirando por la ventanilla, abstraído.

Ella había temido eso, un distanciamiento, una reserva probablemente inevitable. Hizo un comentario a propósito de la estación —los árboles estaban mostrando el envés plateado de las hojas, como si alzaran unas manos desanimadas, y el cielo parecía más fiero cada vez—, y luego le preguntó por el trabajo. Pareció ser la pregunta apropiada: hablando de teología, de la política del alma, él empezó a animarse, a mostrarse divertido, casi locuaz.

La religión de Phillipa, o su carencia de ella, era la de la mujer del poema de Stevens, sentada el domingo por la mañana con su café y su cacatúa: *¿Por qué tendría ella que ser generosa con los muertos?* Y ese otro sobre abril...

*No hay un más allá de profecía,
ni una antigua quimera de la tumba,
ni dorado esplendor bajo la tierra,
ni isla melodiosa
donde encuentren las almas su morada,
ni un visionario sur, ni una palma nubosa
remota en las montañas celestiales,
que haya durado
como ha durado ese verdor de abril...*

—Sí —dijo él, juntando las puntas de los dedos—. El paraíso es una dificultad. Cuesta creer que merezca la pena todo este esfuerzo para acabar con una túnica blanca cantando alabanzas; como una práctica coral infinita. Desde luego, ha de ser una felicidad inefable, indescriptible; pero resulta condenadamente difícil de imaginar, ¿no te parece?

—Supongo que es algo real para la gente religiosa —dijo Phillipa, sintiéndose

rara por estar defendiendo el paraíso.

—No sé. Yo diría que los verdaderos creyentes invisten las cosas ordinarias que aman con la idea del paraíso; de modo que cuando dicen «Esto es paradisíaco», dicen lo que realmente sienten. —Phillippa reparó en aquellas manos elegantes que se habían animado después de estar tímidamente replegadas. También ellas le recordaban a alguien; pero ¿cómo era posible que algo tan cambiante como las manos, tan inevitablemente marcadas por el tiempo, retuviese un recuerdo de cuando él era niño?

—Mamá —prosiguió él—, Amy, siempre decía que a ella no le interesaba el paraíso si no podía tener allí consigo a todas las personas y los lugares y los momentos que más amaba, en la realidad cotidiana, quiero decir, no en abstracto; no con blancas túnicas, no en las nubes. Creo que yo pienso lo mismo. El paraíso, dado que allí no hay tiempo, está donde uno es, o será, o ha sido más feliz.

Dónde para ella, se preguntó Phillippa; y lo supo, sin una posible sombra de duda: la finca, en pleno verano, años atrás. Si fuera así... Pero no. Había una cosa que Phillippa sabía con certeza: la felicidad es algo que se pierde, tarde o temprano. —Nunca se me hubiera ocurrido —dijo— que tu iglesia pudiera comulgar con esas ideas.

Él se echó a reír, complacido. —No, claro. Todo eso está en el aire ahora, sabes. En realidad, yo soy algo así como un heresiarca, en serio. De hecho, he fraguado recientemente una nueva herejía, o restaurado una vieja. ¿Te gustaría escucharla?

—Si puedes prometer que no seremos castigados —dijo Phillippa. Por el norte, una enorme y cuajada masa de oscuridad avanzaba cerrando el camino—. Quiero decir: mira ese cielo.

—Es más o menos así —dijo él, cruzando una rodilla huesuda sobre la otra—. He llegado a la conclusión de que no todos los hombres tienen almas inmortales. La inmortalidad es lo que Adán y Eva perdieron para siempre en el huerto. Desde entonces ha sido polvo al polvo. Lo que Jesús prometía a aquellos que creían en él era la vida eterna, la posibilidad de no morir eternamente. De modo que el creyente, fortalecido por la fe, la esperanza y la caridad, *crea* su propia inmortalidad a través de Jesús, el primer hombre inmortal desde Adán: el nuevo Adán.

—¿Y qué hay de la oscuridad circundante, y del llorar y el gemir y el crujir de dientes?

—Una metáfora de la muerte. Creo que es más fácil explicar esas escasas referencias a los fuegos y todo lo demás como metáforas de la muerte que explicar las numerosas referencias a la muerte como metáforas del eterno castigo. Jesús decía: Aquél que crea en mí *no perecerá*; esto parece indicar a las claras que todos los demás habrán de morir.

—¿No van al infierno?

—No. Y esto resolvería un problema tremendo. Aquellos a quienes no les preocupa la salvación van simplemente bajo tierra, se extinguen para siempre pues no han llegado a conseguir su propia inmortalidad.

—Reconfortante.

—¿Verdad que sí? Resuelve además el problema de la condenación de las almas inocentes y el del Buen Pagano; pero hay más aún: hace que la elección sea más difícil. La elección de Jesús. Cuando la alternativa no parece tan grave.

—En verdad, si me perdonas, es preferible. A mí la vida eterna no me seduce...

—Bueno, ya lo ves. Tal vez no sea un bien perfecto, sin mezcla. Puede que sea muy difícil... tan difícil como cualquier otra clase de vida.

—Qué barbaridad.

—Tal vez algunos no tengan opción. Los bienaventurados, los santos. —Estaba quieto otra vez, más absorto. Phillipa se preguntó si aún estaría hablando en broma—. En verdad, tiendo a pensar que la población del paraíso ha de ser más bien escasa.

Phillippa pensó en las pinturas medievales de la corte celestial, los santos alados en hileras tratando de sugerir grandes números pero en realidad absurdamente escasos. Pero no era ése, ¿verdad?, el paraíso que él imaginaba. Donde el fruto maduro no cae jamás. Si pudiera haber un paraíso compuesto por las cosas que uno más amaba, tendría que incluir (en todo caso para ella) el cambio de estación, la caída de las hojas, los días como éste, contaminados por nubarrones oscuros, fugitivos, la llama de los arcos de los pantanos, apagándose; el verdor de abril. Y sí, para que hubiera de esas bondades cantidad suficiente, sería necesario tal vez que sólo hubiera allá unos pocos para repartírselas y disfrutar de ellas; el resto de nosotros, los mortales, tendríamos que renunciar a todas en favor de esos pocos. Pensó, súbitamente, en un viejo convertible metiéndose por entre los pilares de piedra en el largo camino cubierto de malezas que subía hasta la finca.

¿Quién puede ser?, dijo su madre. *Nadie conocido*.

El automóvil, con hojas otoñales atascadas bajo las varillas del limpiaparabrisas, avanzaba por el camino como a tientas, indeciso.

Sólo dando la vuelta, tal vez, extraviado, sugirió Phillipa. Estaban las dos sentadas en el porche, porque al sol hacía mucho calor. Había una calma tan perfecta y tan azul que las hojas caían aparentemente sin motivo, resbalando con parsimoniosa agilidad hasta el suelo. El leve chasquido con que caían entre las otras hojas alcanzaba a oírse a veces, tanta era la calma.

El coche se detuvo a mitad de camino y un hombre joven se apeó. Llevaba una fedora de ala ancha —todos los hombres las usaban en aquellos años— y fumaba una pipa larga y recta. Se detuvo con las manos en los bolsillos de los pantalones, mirando la casa, aunque no a ellas, se diría. Y cuando al fin echó a andar y se acercó, lo hizo como si no fuera eso lo que se proponía, sin siquiera saludarlas; era como si

estuviera llegando a una casa abandonada, o a una casa que era su casa. Y cuando por fin las saludó, lo hizo con una especie de familiaridad indolente. No era, por la voz, un vermontiano.

Le habían dicho, explicó, allá en el poblado, que las señoras estaban pensando en vender. Él buscaba precisamente una casa como ésa; era escritor y necesitaba un lugar tranquilo para trabajar. ¿Tenían ellas, realmente, la intención de vender la propiedad? ¿Podría verla?

Esa misma semana Phillippa y su madre habían decidido que un verano más en esa casa no era posible. La gente del pueblo, al parecer, había llegado a la misma conclusión; no era de extrañar, en verdad, aunque resultaba un poco impertinente de parte de ellos que la hubiesen puesto en venta sin consultarlas. En fin, Phillippa interrogó a su madre con los ojos, ya que él estaba allí ¿por qué no mostrársela?

Es un caserón viejo y poco cómodo, dijo cuando entraban por la desvencijada puerta mosquitera. Él se detuvo en el vestíbulo: parecía menos ver la casa que inhalar sus fragancias a fuegos de leña, muebles viejos, agridulce aire otoñal. *¿No será demasiado grande para usted?*

Sitio para expandirse, dijo él, sonriendo, como si de veras no le importara. Ella le mostró la cocina como disculpándose; no tenía agua corriente, sólo una bomba; ni lavabos; ni una cocina decente salvo este monstruo de hierro. Necesitaría un montón de mejoras.

Creo que la dejaré tal como está, dijo él, con aire complaciente. *Me viene bien.*

Pero en el invierno, dijo mamá. *¿Qué hará usted?*

Él se encogió de hombros alegremente. *Invernará, tal vez*. Tocó afectuosamente los viejos pilones. *Saponita*, dijo. *Cuando yo era chico creía que a estas pilas las llamaban saponitas porque uno lavaba en ellas.*

Era difícil mostrarle la casa. Cada vez que entraba en una habitación parecía querer quedarse en ella para siempre, mirando en torno con aire soñador. Phillippa sintió que no podía impacientarse con él, puesto que parecía tan obviamente cautivado por las cosas que ella amaba tanto. Hacia el final de la recorrida descubrió que casi deseaba que ese desconocido se quedara con la casa.

Y finalmente se había quedado con ella, pese a las objeciones de su madre —ella quería dársela para la venta al agente inmobiliario del poblado, un viejo amigo—, y también con casi todo el mobiliario, trastos viejos que ellas habían acumulado a lo largo de veinte veranos de subastas.

—Trastos viejos —dijo John Knowe—. No lo serían hoy en día ¿verdad?

—No. Antigüedades. Pero, por supuesto, nosotras no lo sabíamos entonces.

—El abultado sofá de crin. El enorme escritorio del abuelo allá en esa especie de desván que era para él un cuarto de trabajo, con el pisapapeles de bronce, pesadísimo, y el abrecartas que parecía una espada. El viejo reloj de péndulo, con las pesas que

eran como piñas...

—¿Te acuerdas de esas cosas?

—Sí. Claro que sí. De todo.

Lo dijo con naturalidad, como si no fuera ninguna hazaña; y era lógico que no lo fuera para él, pensó Phillippa: al no haber vuelto a verlas desde los once años, sus recuerdos de todas esas cosas debían de ser muy nítidos, como preservados en un ámbar diáfano, no empañados por las percepciones adultas de utilidad, valor, precio. La finca no se había alterado para él, no se había vuelto problemática, y a la larga insoportable. Sintió, de improviso, un ramalazo de pérdida; por ella misma más que por él. Unos goterones de lluvia estallaron contra el cristal del parabrisas, luego nada más.

A través de Massachusetts la tormenta hacia la cual parecían estar avanzando a toda velocidad, como hacia un destino, se había expandido, cambiaba de forma sin cesar; como telones suspendidos para un espectáculo, desplazándose sobre rieles, dos y a veces tres hileras de nubes cruzaban el cielo a distintas velocidades, y súbitos chispazos de sol mostraban por un instante una larga sucesión de laderas doradas. Cuando entraron en Vermont, el viento empezó a ensañarse con el automóvil; grandes bandadas de hojas atravesaban la autopista como las bandadas de estorninos de los prados otoñales. En el noroeste las nubes no eran formas diferenciadas, sino una masa compacta del gris más tenebroso, preñadas de lluvia invisible. —Es allí a donde vamos —dijo Phillippa—. Pero al menos ya estamos en Vermont. —Supo que lo que iba a decir era una tontería, pero no pudo evitarlo—: Cada vez que cruzo la frontera, pienso siempre en los versos que dicen *Allí respira un hombre con el alma tan muerta, que nunca se ha dicho a sí mismo...*

—*Ésta es mi propia tierra, mi suelo natal* —dijo él sin ironía, como si acabara de descubrir que era cierto—. El país de los sueños del alma.

Phillippa recordó una fotografía que Amy le había enviado una vez. John, de unos trece años quizá, de pie delante de un desharrapado bosquecillo de alisos y matorrales sin nombre. A través del ralo follaje se veía un monótono paisaje del Medio Oeste. Prendidos en los ramosos matorrales había trocitos de papel, desechos, residuos humanos. Amy había escrito en el reverso «El bosque de John», como si así llamara John al lugar. Exilio. Tal vez el infierno era el sitio donde uno había sido más desdichado. No: no había ningún infierno en su herejía. —Pronto veremos el Ascutney —dijo—. O tal vez no, con este tiempo.

—Delante de la puerta de la cocina —dijo él, y ella tardó un momento en comprender que aún estaba pensando en la finca— había unos frambuesos.

—Sí.

—Muy frondosos; tan frondosos que costaba abrir la puerta. Y un pequeño porche de piedra.

—Apenas un escalón de baldosa. Quizá te parecía grande.

—Abejas. Y la fragancia de esos frambuesos...

Cosechará montones en el verano, dijo ella. *La fragancia al sol es tremenda*.

Sí, dijo él, dejando de mirar el pardusco jardín de noviembre y volviéndose hacia ella. Dentro de la casa su madre y los hombres de la mudanza iban de un lado a otro con pasos resonantes. *Me apena, de verdad, quitarles todo esto*.

No sea tonto. Los ojos de él, grandes, límpidos, remotos, eran... eran cualquier cosa menos tontos. Ella no se sentía enojada, ni envidiosa; ella quería, de verdad, que él se quedara con la casa; sólo que, en un momento de arrebatos, deseó no perderla. Lo que ella quería era compartirla, compartirlo todo; quería... Él la seguía mirando, fijamente, descaradamente como miran los gatos; y hubo una fisura en el tiempo, un doble de este momento, una escena que era una sombra por detrás de esta escena, y ahora él le pedía que viniera, que viniera para quedarse, que se quedara ya, se quedara para siempre, cediéndole todo a él y a la vez quedándose con todo... Tan instantáneamente como la había percibido, la fisura se cerró, como si ella hubiese vuelto a enfocar los ojos, y *No, no*, dijo, parpadeando, volviéndose de espaldas a la puerta de la cocina, temblando, como si, sin darse cuenta, se hubiera encontrado caminando sobre hielo.

Ahora recordaba ese momento, una ola fría que le subía hacia el corazón. El monte Ascutney se elevó de repente, negruzco, con la cresta envuelta en desmadejadas nubes de tormenta como una peluca de erizados cabellos. La pálida cuchilla del camino parecía hundirse en él.

—Nunca volviste —dijo John Knowe.

—No. Nunca. Estoy segura de que la encontraría muy cambiada.

—Sí. Sin duda.

El viento los empujó de improviso, con súbita violencia. La carretera brillaba ahora como si fuera la pista de un salón de baile, y el día era tan oscuro como la noche. Sin duda, sin duda. John Knowe sacó de su bolsillo una pipa larga y recta y se la puso en la boca sin encenderla. —Parece que es aquí —dijo.

La lluvia corrió a raudales por el parabrisas mientras subían y bajaban una cuesta a una velocidad ciega, aterradora. Ella buscó a tientas el botón que ponía en marcha el limpiaparabrisas, escrutando la nada plateada. El granizo empezó a caer con estrépito, rugiente; el limpiaparabrisas se atascó. Phillippa frenó, aterrorizada, y fue como si se elevaran suavemente fuera del camino, acelerando, resbalando hacia la nebulosa cabeza del Ascutney: ella vio cómo se acercaba rápidamente. El freno, apretado a fondo, no tenía ningún efecto en el aire —eso fue lo que ella pensó—, y un pedazo de montaña, un rectángulo negro de montaña se separó y desde la nada se precipitó hacia ellos, cambiando súbitamente de tamaño.

Tú también puedes venir, dijo John Knowe, y no era ya su voz. *Puedes venir*

ahora.

NO, y Phillipa hizo girar bruscamente el volante para esquivar el rectángulo negro que los devoraría

y cuando la sacaron del coche, mientras la lluvia lavaba la sangre pegajosa de las manos y la cara, en la profunda y pavorosa calma de la conmoción, vio no ese automóvil a medias aplastado allá abajo, contra el negro camión detenido, sino un viejo convertible, con hojas otoñales atascadas debajo de las varillas del limpiaparabrisas, entrando con cautela, perdido pero a la vez encontrado, en un viejo camino cubierto de espinosas malezas entre pilares de piedra; y no oyó el ulular de las sirenas y los gritos *Está muerto, está muerto*, sino el tenue pero perceptible chasquido de una hoja que cae uniéndose a las demás en el suelo cubierto de hojarasca.

Nieve

No creo que Georgie jamás, por iniciativa propia, se hubiera procurado un adminículo de esa especie; no sólo no era sentimental ante la muerte, sino que le tenía un algo de temeroso respeto. No, fue su primer marido —un tipo inmensamente rico y (tal como lo describía Georgie) extrañamente quejumbroso— quien lo había adquirido para ella. O para él mismo, en realidad, desde luego. Él iba a ser el principal beneficiario. Sólo que murió poco tiempo después de que lo instalaran. Si *instalar* es la palabra adecuada. Después de su muerte, Georgie se desprendió de casi todo lo que había heredado de él, lo liquidó, al fin y al cabo era el dinero lo que más le había gustado de aquel matrimonio; pero de la Avispa no era posible desembarazarse. Georgie la pasaba por alto.

El adminículo tenía en verdad, poco más o menos, las dimensiones de una de esas avispa de la especie más grande; y la misma forma de volar, indolente y estúpida. Y era por cierto un moscardón fastidioso, no de la familia de los insectos sino de la de los espías. De modo que el nombre le venía como anillo al dedo: uno de esos hallazgos de poesía accidental que el mundo genera sin proponérselo. Oh Muerte, ¿dónde está tu aguijón?

Georgie no le hacía caso, pero esquivarla no era cosa fácil; con la Avispa era preciso andarse con cierto cuidado: seguía a Georgie a una distancia variable, dependiendo de lo que ella estuviera haciendo y del número de personas que hubiera alrededor, de la intensidad de la luz y del tono de las voces. Y siempre había el peligro de dejarla fuera al cerrar una puerta o voltearla con una raqueta de tenis. Había costado una fortuna (si se tomaba en cuenta el acceso y el contrato de atención a perpetuidad, todo pagado por adelantado), y aunque no era realmente frágil, lo ponía nervioso a uno.

Tampoco estaba grabando todo el tiempo. Tenía que haber una cierta cantidad de luz, pero no mucha. La oscuridad la apagaba. Y a veces, además, se perdía. En una ocasión, cuando hacía algún tiempo que no la veíamos revoloteando alrededor, abrí la puerta de un armario y de allí salió volando, imperturbable. Continuó revoloteando, buscando a Georgie, zumbando con suavidad. Debía de haber pasado varios días encerrada en aquel armario.

Finalmente se agotó, o se paró. Muchas cosas tenían que fallar, supongo, con circuitos tan pequeños, y que controlaban tantas funciones. Acabó dedicando un tiempo infinito a rebotar suavemente contra el techo del dormitorio, una y otra y otra vez, como una mosca de invierno. Y un día la criada la barrió de debajo de la cómoda; un cascarón. Para ese entonces había transmitido ya por lo menos ocho mil horas (ocho mil era la garantía mínima) de Georgie: de sus días y horas, sus ires y venires, sus conversaciones y movimientos, su vivir: todo archivado, ocupando casi

ningún espacio, en El Parque. Y entonces, llegado el momento, podrías ir allí, a El Parque, una tarde de domingo, por ejemplo; y en el entorno de un paisaje apacible (como lo describía El Parque) encontrarías su cámara de reposo personal; y allí, en privado, en virtud del milagro de los modernos sistemas de almacenamiento y recuperación de información, podrías acceder a ella: a ella viva, a ella tal cual era en todos los sentidos, sin cambiar ni envejecer jamás, más fresca y lozana (como aseguraba el folleto de El Parque) que en la memoria imperecedera.

Yo me casé con Georgie por su dinero, la misma razón por la cual ella se había casado con mi antecesor, el que había contratado para ella el servicio de El Parque. Ella se casó conmigo, creo yo, por mi bella apostura; siempre le habían gustado los hombres de buen ver. Yo quería escribir. Hice ese cálculo que hacen las mujeres más que los hombres, y decidí que el ser mantenido y pagado por una esposa rica me proporcionaría la libertad que necesitaba para llevar a cabo mi propósito y «hacer carrera». El cálculo no funcionó para mí mejor que para la mayoría de las mujeres en esa situación. Yo acarreaba una máquina de escribir y una caja de papeles diversos de Ibiza a Gstaad, de Bali a Londres, y escribía en las playas y aprendía a esquiar. A Georgie le gustaba verme ataviado con ropas de esquí.

Ahora que esos atractivos se han esfumado casi por completo, puedo verme retrospectivamente como un joven bien parecido y percatarme de que yo era en cierto modo una rareza, un tipo que también suele encontrarse más entre las mujeres que entre los hombres, el bello inconsciente de su belleza, consciente de que afecta profunda y más o menos instantáneamente a las mujeres pero no sabe por qué; piensa que es escuchado y comprendido, que es su alma lo que se ve, cuando todo lo que se ve son unos ojos orlados de largas pestañas y una muñeca recia, bronceada por el sol esbozando un gesto adorable al aplastar la colilla de un cigarrillo. Confuso. Cuando descubrí por qué había sido mimado y querido y escuchado durante tanto tiempo, por qué resultaba interesante, ya no era tan interesante como había sido. Más o menos hacia la misma época comprendí que no era para nada un escritor. A Georgie dejó de parecerle buena su inversión, y a mí el cálculo ya no me producía beneficios; sólo que para ese entonces, y muy inesperadamente, yo había llegado a querer muchísimo a Georgie, y ella, de forma igualmente inesperada, a amarme y a necesitarme, como necesitaba a todos los demás. En realidad, ella y yo nunca nos separamos, pese a que cuando murió hacía años que no la veía. Llamadas telefónicas al amanecer o a las cuatro de la madrugada, porque ella nunca, aunque no paraba de viajar, llegó realmente a comprender que el mundo gira y que con él viaja girando la hora del cóctel.

Era una mujer loca, derrochadora, feliz, sin un ápice de malicia, tozudez o ambición: fácil de complacer y también fácil de aburrir, y extrañamente serena a pesar de la vida febril que llevaba. Adoraba las cosas y las perdía y las olvidaba:

objetos, días, gente. Se divertía, sin embargo, y yo me divertía con ella; ése era su talento y su destino, un destino no siempre plácido. Una vez, en la resaca de una de nuestras noches en un hotel de Nueva York, mientras contemplaba una nevada repentina a través del inmenso ventanal, me dijo: «Charlie, me voy a morir de diversión».

Y así fue. De excursión en la nieve, en Austria, estuvo entre las primeras víctimas de uno de esos leopardos de la nieve, bestias sigilosas, veloces como lanchas de motor. Alfredo me llamó a California para darme la noticia, pero con la distancia y su acento y su ansiedad por explicarme que él *no* tenía la culpa, nunca llegué a conocer los pormenores. Yo era todavía su marido, el pariente más cercano, el heredero de lo poco que aún le quedaba y el beneficiario, además, del concepto de acceso a El Parque. Afortunadamente, los servicios de El Parque incluían recoger a Georgie en la morgue de Gstaad e instalarla en una cámara de la unidad californiana de El Parque. Aparte de firmar algunos documentos y de hacerme cargo de la recepción cuando Georgie llegó por flete aéreo a Van Nuys, no tuve nada que hacer. El representante de El Parque se mostró solícito y se cercioró de que yo había comprendido cómo debía proceder para tener acceso a Georgie, pero yo no lo estaba escuchando. Soy, supongo, nada más que un hijo de mi tiempo. Todo cuanto se refiere a la muerte, el hecho en sí, el destino de los restos y la situación de los que quedamos vivos me parece grotesco, fastidioso e inútil. Y los gestos y rituales con que se la adorna sólo hacen que todo sea más grotesco aún, más inútil: alguien a quien yo amaba ha muerto; dejad entonces que me vista con ropas de payaso, hable del pasado y compre aparatos costosos para compensar la pérdida. Volví a Los Ángeles.

Más o menos un año después, el bufete de los abogados me envió el contenido de unas cajas de seguridad de Georgie: algunos títulos de propiedad y cosas por el estilo, y un pequeño cofre de acero, forrado de terciopelo, que contenía una llave, una llave con muescas profundas a ambos lados y cabeza de plástico liso, como la llave de un automóvil de lujo.

¿Por qué fui a El Parque esa primera vez? Más que nada porque lo había olvidado: recibir esa llave por correo fue como encontrar de pronto un montón de fotos instantáneas que uno no se tomó el trabajo de mirar cuando eran nuevas pero que cuando han envejecido demuestran contener el pasado como nunca contuvieron el presente. Fui por curiosidad.

Comprendía muy bien que El Parque y su concepto de acceso no eran probablemente nada más que otra burla cruel para los ricos, para preservarles la ilusión de que pueden comprar lo que no puede comprarse, como aquella moda criónica de hacía treinta años. Cierta vez, en Ibiza, Georgie y yo conocimos a un matrimonio alemán que también tenía un contrato con El Parque; su Avispa planeaba por encima de sus cabezas como un Paracleto, y los cohibía en extremo: daban la

impresión de estar ensayando una y otra vez la comedia eterna que luego almacenarían para futuros descendientes. Como si fueran faraones, la muerte se había apoderado de sus vidas. ¿Excluirían a la Avispa de su alcoba?, se preguntaba Georgie. ¿O su presencia los incitaba acaso a esfuerzos mayores, a demostraciones de un amor imperecedero y de un vigor admirable a los ojos de los no nacidos?

No, no se engañaba a la muerte con esas artimañas, como tampoco se la engañaba con las pirámides, con las misas celebradas a perpetuidad. No era a una Georgie salvada de la muerte a quien yo encontraría. Pero había allí ocho mil horas de su vida conmigo, almacenadas con más esmero que en mi porosa memoria: Georgie no había excluido a la Avispa del dormitorio, nuestro dormitorio, y ella que nunca había actuado para nadie no podía haber concebido la posibilidad de actuar para la Avispa. Y allí estaría yo, además, captado involuntariamente por la atención de la Avispa. De esos miles de horas habría centenares de horas de mí mismo, de un mí mismo que empezaba precisamente entonces a volverse problemático para mí, algo que tenía que ser evaluado, algo acerca de lo cual era preciso reunir y sopesar información. Yo tenía treinta y ocho años.

Así que ese verano pedí en préstamo a un abogado que conocía en el municipio un Permiso de Acceso a Carreteras (la famosa tarjeta PAC de aquellos tiempos) y fui por la autopista de la costa hasta la sede de El Parque, que se alzaba solitario sobre el mar al final de un bonito camino de playa. Visto de afuera, parecía el mejor, el más apacible de los cementerios campesinos italianos, un bajo muro de estuco coronado de urnas, rodeado de cipreses, con un portal abovedado en el centro. En el portal había una pequeña placa de bronce: POR FAVOR USE SU LLAVE. El portal se abrió, no a una plazoleta de lápidas umbrías sino a un corredor en rampa descendente: el muro del cementerio era una ilusión, las obras eran subterráneas. Silencio, o ese anónimo Muzak que es igual que el silencio; soledad: o bien los técnicos permanecían discretamente ocultos, o no eran necesarios. Por cierto, el concepto de acceso resultó ser la sencillez misma, al menos en el aspecto operativo. Hasta para mí, que soy un nulo en materia de información tecnológica. La Avispa era un modelo muy avanzado, pero nosotros los deudos recibíamos algo común y corriente, como esas películas que uno rueda en casa, como viejas cartas atadas con una cinta.

Una gran pantalla cerca de la entrada me informó por cual corredor tenía que bajar para encontrar a Georgie, y la llave me permitió introducirme en una salita de proyección donde había un monitor de televisión de medianas dimensiones y dos sillas cómodas; las paredes eran oscuras, tapizadas con una moqueta de color chocolate. La tristeza melosa del Muzak. Georgie misma estaba obviamente allí, en las inmediaciones, en el interior de la pared o debajo del piso: ellos no habían sido explícitos en cuanto al aspecto de osario del lugar. En el panel del televisor había un orificio para mi llave y dos barras de mando: ACCESO y REINICIO.

Me instalé en una de las sillas, sintiéndome ridículo y un poco asustado, y más molesto aún por el mobiliario neutro y la sobriedad del equipo, diseñado tan deliberadamente para que me sintiera cómodo. Imaginaba, alrededor, rampa abajo por los otros corredores, en otras cámaras, a otros que comulgaban con sus muertos como yo mismo estaba a punto de hacer; que los muertos les hablaban con voces susurrantes por debajo del flujo del Muzak; que ellos lloraban al verlos y oírlos como tal vez lo haría yo. Pero no se oía nada. Hice girar la llave en la ranura y la pantalla se iluminó. Las luces tenues se amortiguaron todavía más. El Muzak calló. Pulsé ACCESO, obviamente el paso siguiente. Sin duda todos aquellos procedimientos me habían sido explicados tiempo atrás, en el momento de descargar a Georgie en su ataúd de aluminio, y yo no había prestado atención. Y en la pantalla ella se volvió para mirar, pero no a mí —aunque yo me estremecí y contuve el aliento—, sino a la Avispa que la observaba.

Estaba en la mitad de una frase, en la mitad de un gesto. ¿Dónde? ¿Cuándo? *O ponlo en la misma tarjeta que los demás*, dijo, dándose vuelta. Alguien decía algo, Georgie respondía y se levantaba, mientras la Avispa la enfocaba y se movía de aquí para allá junto con ella, como un aficionado con una cámara de vídeo. Una habitación blanca, luz de sol, mimbre. Ibiza. Georgie vestía una blusa de algodón, entreabierta; de una mesa recogió un frasco de loción, vertió un poco en la mano, se frotó el escote pecoso. La incomprensible conversación a propósito de poner algo en una tarjeta continuó, concluyó. Yo observaba la escena preguntándome con qué año, con qué estación había tropezado. Georgie se quitó la camisa: los pechos pequeños y redondos, coronados por grandes pezones infantiles, pechos de niña que tenía todavía a los cuarenta, se sacudieron delicadamente. Y salió al balcón, con la Avispa detrás cegada por el sol, adaptándose a la luz. *Si quieres hacerlo así*, dijo alguien. Él alguien atravesó la pantalla, un borrón oscuro, desnudo. Era yo. Georgie dijo: *Oh, mira, colibríes*.

Los contemplaba, absorta, y la Avispa trepó muy cerca de su corta melena de cabellos rubios, también ella absorta, y se quedó mirando cómo miraba. Georgie se dio vuelta y apoyó los codos en el balaustre. Yo no recordaba ese día. ¿Cómo hubiera podido recordarlo? Uno entre centenares, miles... Ahora, ella, con cara de sonámbula, la boca entreabierta, contempló el oleaje rutilante del mar y con la mano embadurnada se frotó distraídamente el pecho. El colibrí era un brillo iridiscente entre las flores.

Sin saber realmente lo que hacía —sentía hambre, de pronto, hambre de pasado, de más pasado—, toqué la barra de REINICIO. El balcón ibicenco se desvaneció, y la pantalla resplandeció, vacía. Toqué ACCESO.

Al principio, oscuridad, un murmullo; luego una espalda oscura se apartó de delante del ojo de la Avispa, y la escena borrosa de un grupo de personas se definió.

Salto. Otras personas, o las mismas, ¿una fiesta? Salto. Aparentemente aquí, dondequiera que fuera el aquí, la Avispa se iba encendiendo y apagando de acuerdo con los niveles de luz. Georgie con un vestido oscuro, haciéndose encender un cigarrillo; breve llamada del encendedor. Ella decía *Gracias*. Salto. Un vestíbulo o salón de hotel. ¿París? La Avispa buscándola, volando a sacudones entre el ir y venir del gentío; no podía, no, rodar una película, montar planos, cortes: sólo podía seguir obcecadamente a Georgie, como un marido celoso, sin ver ninguna otra cosa. Era frustrante. Pulsé REINICIO. ACCESO. Georgie cepillándose los dientes, ¿dónde?, ¿cuándo?

Comprendí, luego de uno o dos más de aquellos saltos terribles. El acceso era aleatorio. No había modo de convocar un año, un día, una escena. El Parque no había previsto ningún programa, ninguno; las ocho mil horas no estaban ordenadamente archivadas; eran un revoltijo, como la memoria de un lunático, como un entreverado mazo de naipes. Yo había supuesto, sin pensarlo, que comenzarían por el principio y proseguirían hasta llegar al fin. ¿Por qué no?

También comprendí algo más. Si el acceso era verdaderamente aleatorio, si era verdad que yo no tenía sobre él ningún control, quería decir que yo había perdido como quien dice para siempre aquellas escenas que ya había visto. Las probabilidades eran del orden de ocho mil a una (¿más? ¿muchas más? el cálculo de probabilidades es incomprendible para mí) de que ya nunca volvería a dar con ellas pulsando esa barra. Sentí un ramalazo de dolor por la pérdida de aquella tarde en Ibiza. Ahora estaba doblemente perdida. Sentado delante de la pantalla en blanco, tenía miedo de tocar ACCESO otra vez, miedo de lo que podría perder.

Apagué el aparato (el nivel de luz en la sala se elevó, el Muzak fluyó de nuevo suavemente) y salí a las galerías, de regreso a la pantalla-tablero de la entrada. La lista de nombres se desplazaba verdosa, pausadamente, como la lista de vuelos en un aeropuerto. En muchos de ellos faltaban los números de código, indicando tal vez que todavía no eran residentes. En la *D*, sólo tres nombres, y DIRECTOR, escondido entre ellos como si no fuera sino otro de los muertos. El número de una cámara. Fui a buscarlo, y entré.

El director parecía más un conserje o un vigilante nocturno: el tipo de desocupado que uno ve a menudo cuidando lugares poco concurridos. Vestía una túnica marrón, como el hábito de un monje, y estaba preparando café en un rincón de un cubículo en el que poco o nada parecía acontecer. Se sobresaltó, como sorprendido en falta, cuando entré en la oficina.

—Perdone usted —dije—, pero temo no haber comprendido bien este sistema.

—¿Algún problema? —preguntó—. No debería haber ningún problema. —Me miró un momento con los ojos muy abiertos y azorados, esperando que no fuera a requerir de él nada difícil—. ¿Está todo el equipo funcionando en orden?

—No lo sé —dije—. Yo diría que aparentemente no. —Le expliqué lo que creía haber comprendido a propósito del concepto acceso de El Parque—. Eso no puede estar bien, ¿no es cierto? El acceso es puramente aleatorio...

El hombre asentía, siempre con los ojos muy abiertos, prestando mucha atención.

—¿Lo es? —pregunté.

—¿Es qué?

—Aleatorio.

—Ah, sí. Sí, claro que sí. Si todo funciona bien.

Por un momento no encontré nada que decir, viéndolo asentir con aire tranquilizador. —¿Por qué? —pregunté luego—. ¿Por qué, quiero decir, no hay una forma de... de organizar, de obtener un acceso organizado al material? —Había empezado a tener esa sensación de ridículo grotesco, que uno tiene a veces en presencia de la muerte, como si estuviera regateando los bienes de Georgie—. Eso parece estúpido, si me disculpa usted.

—Oh no, oh no —dijo—. ¿Ha leído usted los folletos? ¿Ha leído todos los folletos?

—Bueno, para decirle la verdad...

—Todo es exactamente tal como se lo describe. Le doy mi palabra. Si hubiera algún problema...

—¿No le importa si me siento? —dije, y le sonreí. Parecía tan asustado de mí y de mi reclamo, de mí como deudo, posiblemente trastornado por el dolor e incapaz de percibir las simples limitaciones de sus responsabilidades para conmigo, que él mismo necesitaba serenarse—. Estoy seguro de que todo marcha bien —dije—. Lo que pasa es que creo que no comprendo. Soy algo torpe para estas cosas.

—Claro. Claro. Claro. —Renunció apesadumbrado a seguir preparando el café y se sentó detrás del escritorio, entrelazando los dedos como un asesor jurídico—. Aquí la gente obtiene del acceso mucha satisfacción —dijo—, mucho consuelo, si toma las cosas con el espíritu adecuado. —Esbozó una sonrisa. Me pregunté qué títulos habría tenido que presentar para conseguir ese empleo—. Eso de lo aleatorio. Bueno, todo está en los folletos. Además, hay que tener en cuenta el aspecto legal; usted no es abogado, ¿verdad?, no, claro que no, no quiero ofenderlo. Vea usted, aquí el material no se utiliza para nada que no sea una comunión. Pero supongamos que el material estuviera programado, que pudiera investigarse. Supongamos que surgiera algún problema relacionado con impuestos, herencias o cosas así. Podría haber citaciones, abogados yendo y viniendo por todas partes, destruyendo por completo el concepto puramente memorativo del lugar.

La verdad es que yo no había pensado en eso. La aleatoriedad inherente al concepto de acceso salvaba a las vidas pretéritas de ser investigadas de una manera sistemática. Y sin duda salvaba a El Parque de parecer un negocio de registros y de

tener que comparecer como la parte en falta en una cantidad de procesos judiciales.

—Uno tendría entonces que ver en su totalidad las ocho mil horas —dije— pero aun en el caso de que encontrase lo que deseaba ver, no habría manera de que pudiera rescatarlo y ponerlo otra vez en pantalla. Habría desaparecido para siempre. —En el momento mismo en que uno lo mirara, se perdería en el confuso y azaroso pasado, como esa tarde en Ibiza, aquella fiesta en París.

El director sonrió y asintió. Yo sonreí y asentí.

—Le diré una cosa —dijo—. Ellos no lo previeron. La aleatoriedad. Fue un efecto colateral, un efecto del proceso de almacenaje. Puro azar. —La sonrisa se le desdibujó, las cejas se le arquearon en un gesto serio—. Vea usted, aquí nosotros almacenamos a nivel molecular. Tenemos que hacer esas compresiones por problemas de espacio. Me refiero a su garantía de ocho mil horas. Si hubiéramos utilizado una cinta o un método convencional, ¿cuánto espacio ocuparía? Una enormidad, si el concepto de acceso llegara a popularizarse. Así que utilizamos condensación de vapor y localización continua. Del tamaño de mi dedo pulgar. Todo eso está en los folletos. —Me clavó una mirada extraña. Tuve de pronto la fuerte impresión de que estaba siendo víctima de un engaño, de una maquinación, de que el hombre de túnica que tenía delante no era ningún experto, ningún técnico; era un charlatán, o tal vez un loco que se creía un director y que no tenía nada que ver con todo eso. De sólo pensarlo se me pusieron los pelos de punta; pero pasó—. Así que eso, la aleatoriedad —estaba diciendo él—. Fue un efecto de la reducción molecular. Movimiento browniano. Todo lo que hay que hacer es suspender por espacio de un microsegundo la localización continua y se produce un reordenamiento espontáneo molecular. La aleatoriedad no depende de nosotros. La hacen las moléculas.

De la clase de física yo conservaba un recuerdo apenas vago de lo que era el movimiento browniano. El movimiento aleatorio de las moléculas, decía el profesor; puede reducirse a una ecuación matemática. Es como el movimiento de las motas de polvo que se ven flotando en un rayo de sol, como el movimiento arremolinado de los copos de nieve dentro de un pisapapeles de cristal en cuyo interior hay una casita bajo una tormenta de nieve.

—Comprendo —dije—. Sí, creo que comprendo.

—¿Algún otro problema? —preguntó el hombre. Dijo eso como si pudiera en verdad haber otro problema y él supiera cuál podía ser y esperaba que yo no lo tuviese—. Usted comprende el sistema, llave personal, dos barras de mando, ACCESO, REINICIO...

—Comprendo —dije—. Ahora comprendo.

—Comunión —dijo él, levantándose, aliviado, seguro de que yo no tardaría en marcharme—. Lleva tiempo entender a fondo el concepto de comunión.

—Sí —dije yo—. Lleva tiempo, desde luego.

Aquello que yo había ido a averiguar, fuera lo que fuese, nunca lo sabría. La memoria de la Avispa no había sido eficaz, al fin y al cabo; no era mejor que la de mi joven alma. Días y semanas habían escapado a la mirada de su ojo diminuto. No había visto bien, y de lo que había visto no había sido más capaz, no, que mi propio ojo de distinguir lo trivial, lo que no merecía la pena recordar, de lo inolvidable. Ni mejor ni peor: igual.

Sin embargo, sin embargo... ella se ponía de pie allá en Ibiza y se untaba los pechos con loción, y hablaba conmigo: *Oh, mira, colibríes*. Yo lo había olvidado, pero la Avispa no; y ahora tenía de nuevo lo que no sabía que había perdido, lo que no sabía que era precioso para mí.

Atardecía cuando salí de El Parque; el mar rompía en una blanda espuma aleatoria contra las rocas de la orilla.

Yo había pasado toda mi vida esperando algo, sin saber qué, sin siquiera saber que esperaba. Matando el tiempo. Y aún seguía esperando. Pero lo que había estado esperando ya había ocurrido, y ahora era un pasado irrecuperable.

Hacía casi dos años que Georgie había muerto: dos años habían transcurrido cuando, por primera y última vez, lloré por ella; por ella y por mí.

Desde luego, volví. Después de una temporada de intenso trabajo y dólares correctamente colocados, saqué una tarjeta PAC personal. Tenía mucho tiempo libre, como tanta gente en aquel entonces, y a menudo en las tardes muertas (nunca en domingo) salía a la autopista descuidada, cubierta de malezas, y enfilaba hacia la costa. El Parque estaba siempre abierto. Yo estaba entendiendo a fondo el concepto de comunión.

Ahora, después de varios centenares de horas pasadas allí bajo tierra, ahora que he dejado hace tiempo de trasponer aquellas puertas (he perdido mi llave, creo; en todo caso, no sé dónde buscarla), sé que la sensación de soledad que me embargaba era real. Los demás comulgantes, aquellos cuya presencia me parecía adivinar mirando y escuchando como yo en las otras cámaras, eran en su mayor parte producto de mi imaginación. Rara vez había alguien allí. Aquellas tumbas estaban tan abandonadas como cualquier otra tumba en cualquier otro lugar. O los vivos no se molestaban en visitar con frecuencia a sus muertos —¿cuándo lo han hecho?— o los ilusos clientes habían descubierto un fallo en el concepto de acceso, como terminé descubriéndolo yo.

ACCESO, y ella saca uno por uno los vestidos de su ropero, y los sostiene contra el cuerpo, y estudia el efecto en un espejo alto, y vuelve a guardarlos. Tenía una cara rara, una cara que nunca ponía excepto cuando se miraba en el espejo, una cara que no era para nadie más que para ella misma, y que no se parecía a ella en nada. La Georgie del espejo.

REINICIO.

ACCESO. Por una curiosa coincidencia está ahora mirándose en un espejo diferente. Creo que a la Avispa la confundían los espejos. Se da vuelta, la Avispa se acomoda; hay alguien que duerme, entre las sábanas revueltas de una gran cama de hotel, de mañana, un carrito con servicio de habitaciones. Oh: el Algonquin: yo. Invierno. Cae nieve del otro lado del alto ventanal. Ella busca algo en el bolso, saca un frasquito, traga una píldora con el café, sosteniendo la taza por el cuerpo, no por el asa. Yo empiezo a despertar, muestro una cabeza de cabello ondulado. Conversación: ininteligible. Habitación gris, claridad blancuzca de nieve, coloraciones apagadas. ¿La habría yo (pensé, mientras nos observaba) atraído ahora hacia mí? ¿La habría acaso en la hora siguiente apretado entre mis brazos, o ella a mí entre los suyos, apartando de un empujón las mantas, desabrochándole el pijama claro? Ella va al cuarto de baño, cierra la puerta. La Avispa observa estúpidamente, excluida, transmitiendo la puerta.

Finalmente, REINICIO.

¿Pero qué (me pregunto), qué habría pasado si yo hubiese sido paciente, si hubiese seguido observando y esperando?

El tiempo, como se sabe, lleva tiempo, una desmesurada cantidad de tiempo. El ocio, el ocio infundado... no es un deporte popular. Cualquiera que sea la gracia de estarse allí sentado mirando la nada y degustando tu propio ser durante toda una tarde, no hay ninguna gracia en volver a repetirlo. La espera es demoledora. ¿Cuántas veces, en cinco años, en ocho mil horas de luz natural o luz artificial, habremos copulado, cuántas horas habremos consumido en hacer el amor? ¿Cien horas, doscientas? Las probabilidades de que yo tropezara con una de esas escenas no eran altas; la penumbra las devoraba casi todas, y las demás se habían perdido en los intersticios de horas interminables pasadas haciendo compras, leyendo, en aviones, durmiendo, separados. Imposible.

ACCESO. Ella ha encendido una lámpara de noche. Sola. Busca algo entre los kleenex y las revistas sobre la mesa de noche, encuentra un reloj, lo mira inexpresivamente, lo da vuelta, mira de nuevo, lo deja. Frío. Se arrebujá entre las mantas, bostezando, mirando en torno, luego tiende una mano hacia el teléfono pero sólo la apoya sobre él, pensando. Pensando a las cuatro de la madrugada. Retira la mano, se estremece con un temblor profundo, infantil, somnoliento, y apaga la luz. Un mal sueño. Un instante y ya es la mañana, el amanecer; también la Avispa ha dormido. Georgie duerme profundamente, inmóvil, asomando sólo la coronilla de la cabeza rubia por encima de la manta, y sin duda dormirá así durante horas, observada con más atención, con más fijeza que por los ojos de cualquier mirón importuno.

REINICIO.

ACCESO.

—No oigo tan bien como al principio —le dije al director—. Y la definición es

más pobre.

—Oh, desde luego —dijo el director—. Eso está en los folletos. Tenemos que explicarlo con todo detalle. Que podría ser un problema.

—¿No será sólo un problema de mi monitor? —pregunté—. Pensé que quizá no fuera nada más que el monitor.

—No, no, no es eso en realidad, no —dijo el hombre. Me sirvió un café. Habíamos llegado a entablar una cierta amistad con el correr de los meses. Yo creo que a la vez que me tenía un poco de miedo, se alegraba de que apareciera de vez en cuando; al menos uno de los vivos venía aquí, al menos uno estaba utilizando los servicios—. Es porque se produce una *ligera* degeneración.

—Todo tiende a volverse gris.

La expresión de su rostro cambió, mostrando una intensa preocupación; no le restaba importancia al problema.

—Bien, bien..., en el nivel molecular, en el que trabajamos, hay una cierta degeneración. Es una simple cuestión de física. Con el tiempo todo se hace un poco más aleatorio. De modo que se pierde... no se pierde ni un solo minuto de lo que hay, pero se pierde, sí, un poco de definición. Un poco de color. Pero al fin todo se estabiliza.

—¿Sí?

—Nosotros pensamos que sí. Claro que se estabiliza, eso prometemos nosotros. Lo *predecimos*.

—Pero no lo saben.

—Bueno, bueno, vea usted, hace poco que estamos en esto. Es un concepto nuevo. Había cosas que no podíamos saber. —Todavía me miraba, pero al mismo tiempo parecía haberse olvidado de mí. Fatigado. Tenía ahora una apariencia descolorida, como si hubiese estado perdiendo definición—. Podría ocurrir que usted empezara a ver un poco de nieve —dijo en voz baja.

ACCESO REINICIO ACCESO.

Una plaza gris de piedras dispuestas como el espinazo de un pez, aplausos. Ella se levanta el cuello del suéter, entornando los ojos contra un viento recio. Compra revistas en un quiosco: *Vogue*, *Harper's*, *La Moda*. *Cold*, le dice a la chica del quiosco. *Frío*. El hombre joven que era yo la toma del brazo; caminan de regreso por la playa, que está desierta y cubierta de algas, bañada por un mar sucio. Invierno en Ibiza. Conversamos, pero la Avispa no puede oír; los rumores del mar la confunden; parece hastiada de sus obligaciones y se rezaga.

REINICIO.

ACCESO. El Algonquin, terriblemente familiar: mañana, invierno. Ella se vuelve de espaldas a la ventana nevada. Yo en la cama... y por un momento al observar la escena me sentí suspendido entre dos espejos, reflejado hasta el infinito. Yo había

visto eso antes; lo había vivido una vez, y recordaba el recuerdo, y aquí estaba de nuevo, ¿o sería tal vez otra mañana, una mañana similar? Había habido, sí, muchas más que una como esa, en ese sitio. Pero no; ella da la espalda a la ventana, saca el frasquito de píldoras, levanta la taza de café tomándola por el cuerpo: yo había visto antes esa escena, no meses atrás, sino semanas atrás, aquí, en esta sala. Había encontrado dos veces el mismo momento.

¿Qué probabilidades hay de que esto ocurra, me pregunté, qué probabilidades de que encuentre otra vez los mismos minutos, estos minutos?

Me agito entre las sábanas.

Me incliné hacia adelante para oír, esta vez, lo que yo decía; era algo así como *pero divertido de todos modos*, o algo semejante.

Divertido, dice ella, riendo, atormentada, el sonido degradado del gorjeo de un espectro. *Charlie, algún día me voy a morir de diversión.*

Toma su píldora. La Avispa la sigue hasta el cuarto de baño, y se queda fuera.

¿Por qué estoy aquí?, pensé, y el corazón me latió a golpes lentos. ¿Para qué estoy aquí? ¿Para qué?

REINICIO.

ACCESO.

Calles plateadas de escarcha, Nueva York, Quinta Avenida. Ella sale gritando del oscuro interior de un taxi. *A mí no me grites*, le grita a alguien, su madre a quien nunca conocí, una bruja. Está en la calle y camina de prisa con los paquetes por la resbaladiza acera escarchada. La Avispa vuela a la altura de su hombro. Yo hubiera podido extender el brazo y tocarle el hombro y hacer que se volviera y me siguiera.

Alejándose, perdida en la aglomeración del tráfico y la gente, imposible de discernir en la difusa imagen nevada.

Algo andaba muy mal.

Georgie detestaba el invierno, huía de él durante casi todo el tiempo que estuvimos juntos, empezando, ya en los primeros días del año, a añorar al sol que se había marchado a otra región del mundo; Austria resultaba perfecta durante unas pocas semanas, las aldeas de juguete y la nieve azucarada y los patinadores ágiles, alegres, no eran realmente el invierno que ella temía, aunque incluso en chalets con chimeneas de leña era difícil conseguir que se desnudara sin que se le pusiera la carne de gallina y tiritara de frío a causa de una imperceptible corriente de aire. Éramos castos en invierno. Por eso Georgie huía de él: Antigua y Bali y dos meses en Ibiza cuando los almendros florecían. Era una falsa y continua primavera, una primavera insípida todo el largo invierno.

¿Cuántas veces habría estado nevando mientras la Avispa la observaba?

No muchas; eran contadas veces, veces que yo mismo podría contar si consiguiera recordar como lo hacía la Avispa. No tantas. No siempre.

—Hay un problema —le dije al director.

—Ha desaparecido ¿no? —dijo—. Ese problema de definición.

—Bueno, no —respondí—. En realidad, ha empeorado.

Estaba sentado detrás del escritorio, los brazos extendidos sobre el respaldo del sillón, y con un rubor falso en las mejillas como un cadáver maquillado. Había estado bebiendo.

—¿Así que no ha desaparecido? —dijo.

—El problema no es ése —dije—. El problema está en el acceso. No es aleatorio como ustedes dicen.

—Nivel molecular —dijo—. Es todo una cuestión de física.

—Usted no comprende. Ya no es tan aleatorio. Se está volviendo menos aleatorio. Se está volviendo selectivo. Ha empezado a congelarse.

—No no no —dijo con aire ausente—. El acceso es aleatorio. La vida no es toda verano y diversión, usted lo sabe. Alguna lluvia tiene que caer en la vida.

Yo tartamudeaba, tratando de explicar. —Pero pero pero...

—Le diré una cosa —dijo él—. He estado pensando en salir de acceso. —Abrió de un tirón, con un ruido hueco, un cajón del escritorio. Miró con aire ausente el interior por un momento, y lo volvió a cerrar—. El Parque ha sido bueno para mí, pero sucede que no me acostumbro. Uno antes solía pensar que podía prestar un servicio, ¿se da cuenta? Bueno, caray, usted sabe, uno se ha divertido, qué más puede pedir.

Ese hombre *estaba* loco. Por un instante oí a los muertos alrededor; sentí en la lengua el sabor del viciado aire subterráneo.

—Recuerdo —dijo él, sin mirarme— que hace muchos años entré en acceso. Sólo que no lo llamábamos así en aquel entonces. Yo trabajaba en una empresa que almacenaba películas. Estaba a punto de quebrar, como todas las demás, como le ocurrirá a ésta, no debería decirlo, pero usted no se ha enterado. Sea como fuere, era un depósito inmenso, con kilómetros de estanterías de acero, atestadas de latas de películas, latas repletas de esas antiguas cintas de plástico, ¿sabe usted? Cintas de toda clase. Y la gente de cine, si quería escenas viejas del tiempo pasado en sus películas, venía y pedía lo que quería, búsqieme esto, búsqieme aquello. Y nosotros teníamos todo, toda clase de escenas, pero lo más difícil de encontrar ¿sabe usted qué era? Precisamente las escenas comunes de la vida cotidiana. Quiero decir escenas de la gente haciendo cosas y viviendo su vida. ¿Y sabe lo que *sí* encontrábamos? Discursos. Personas pronunciando discursos. Como presidentes. Podíamos encontrar horas y horas de discursos, pero no gente simplemente, cómo le diré, oh, lavando la ropa, sentada en un parque...

—Quizá fuera sólo la recepción —dije—. Por algún motivo.

Me observó largamente, como si yo acabara de llegar. —Sea como fuere —dijo,

desviando la mirada otra vez—, pasé allí una buena temporada aprendiendo los trucos. Y los productores venían y decían: «Consígame esto, búsqume aquello». Y un productor estaba haciendo una película, una película del pasado, y quería escenas antiguas, *viejas*, con gente de los tiempos de antes, en el verano; divirtiéndose; comiendo helados; nadando en bañador; paseando en convertibles... Cincuenta años atrás. Ochenta años atrás.

Abrió el cajón vacío otra vez, sacó un mondadientes y se lo metió en la boca.

—Así que tuve acceso a los materiales más antiguos. Discursos, más y más discursos. Pero encontraba una escena aquí y allá, gente en la calle, abrigos de pieles, escaparates, tráfico. Gente vieja, quiero decir que eran jóvenes en ese entonces, pero gente del pasado; tienen esas caras demacradas, uno llega a conocerlas. Un poco tristes. En las calles de la ciudad, siempre de prisa, sujetándose los sombreros. Las ciudades eran bastante negras en aquel entonces, en el celuloide; automóviles negros en las calles, sombreros hongo. Piedra.

»Bueno, no era lo que ellos querían. Encontraba verano para ellos, verano de color, pero nuevo. Ellos lo querían viejo. Yo seguía buscando, siempre más atrás. Seguía buscando. De veras. Cuanto más atrás retrocedía en el pasado, más veía esas caras demacradas, esos automóviles negros, esas negras calles de piedra. Nieve. No hay allí ningún verano.

Con pausada gravedad se levantó y fue a buscar una botella parda y dos tazas de café. Sirvió el licor con descuido. —Así que no es un problema suyo de recepción —dijo—. El celuloide tarda más, creo, pero es todo una cuestión de física. Todo depende de la física. A buen entendedor, una palabra basta.

El licor era áspero, un frío destilado de pretérita luz de sol. Yo quería irme, salir, no volver al pasado. No quería seguir mirando hasta que todo fuera sólo nieve.

—Por lo tanto voy a salir de acceso —dijo el director—. Que los muertos entierren a los muertos, ¿verdad? Que los muertos entierren a los muertos.

No volví. No volví nunca más, aunque las autopistas se abrieron de nuevo y El Parque no está lejos de la pequeña ciudad en la que me he asentado. Asentado; la palabra justa. Recuperas el equilibrio, y hasta de una manera curiosa tu alegría de vivir, cuando descubres, sin remordimientos, que lo mejor que va a sucederte en la vida ya ha sucedido. Y todavía me quedan algunos veranos.

Creo que hay dos clases diferentes de memoria, y sólo una de ellas se va deteriorando a medida que envejezco: aquella en la cual, mediante un esfuerzo de la voluntad, se puede reconstruir el primer automóvil o el número de serie en el Servicio o el nombre y el aspecto del profesor de física en la escuela secundaria: un tal señor Holm, un hombre de traje gris, un individuo barbudo, flaco, de unos treinta años. La otra memoria no se deteriora; más bien se acrecienta. La que actúa como un sonámbulo y con la que te topas de improviso como si te metieras en habitaciones

con puertas secretas y te descubres sentado no en el porche de tu casa sino en un aula, no sabes al principio dónde ni cuándo, y un hombre de barba, sonriente, hace girar en la mano un pisapapeles de cristal, y dentro hay una pequeña casa de campo bajo una tormenta de nieve.

Allí no hay acceso a Georgie, excepto de tanto en tanto, cuando, de improviso, sentado en el porche o empujando el carrito de un mercado o de pie delante del fregadero, un recuerdo de esa especie me visita, vívido y sorprendente, como el chasquido de los dedos de un hipnotizador. O como esa experiencia curiosa que tenemos a veces, cuando a punto de dormirnos oímos que alguien nos llama en voz baja, claramente, por nuestro nombre, alguien que no está allí.

Exogamia

En un irreflexivo impulso, con ciega esperanza, él mismo se había elegido para la misión, y ahora por su impetuosidad iba a morir, ahogado en ese mar de vinagre ambarino, demasiado fluido para nadar en él. Hecho que, en un sentido global, carecía de importancia; los camaradas que lo habían despedido ya no lo verían regresar: la esencia misma del héroe. En un momento, ni siquiera a él le importaría morir. Mientras tanto, no cesaba de debatirse desesperadamente, avergonzado de su imperiosa voluntad de no cejar.

Su cabeza rompió la superficie y emergió al aire blanco. Era la tercera vez que lo hacía; sería la última. Pero en ese preciso momento una nube pequeña lo cubrió, y algo flotó en el aire por encima de él. Antes de que se hundiera inevitablemente y para siempre, algo lo aferró, un algo volador, una máquina o algo con pinzas afiladas, lo que él llamaría *garras*.

Fue izado fuera del agua o el fluido o el mar. No era culpa de él que las coordenadas fueran erróneas y lo hubieran depositado en ese mar de fluido y no en suelo seco, en esas arenas purpúreas que estaban a sólo unos metros de distancia. Distancia suficiente, sin embargo, para que pudiera ahogarse o poco menos que ahogarse; durante un largo rato permaneció así, tendido boca abajo sobre la arena donde lo habían dejado caer, sin saber con certeza dónde estaba.

Se preguntó —cuando de nuevo estuvo en condiciones de pensar— qué era aquello que lo había agarrado, lo había izado (apenas por encima del encrespado mar, y además mediante un laborioso esfuerzo) y transportado a la playa. Aún no había levantado la cabeza para ver si aquello, lo que fuera, se había quedado con él o se había marchado; y entonces se le ocurrió que tal vez fuera mejor permanecer así, tendido e inmóvil para que lo supusieran muerto. Pero alzó la cabeza.

Allá, un poco más lejos de la orilla, estaba ella, agazapada; no miraba hacia él: parecía absorta en recobrar el esfuerzo; el pecho ancho y de huesos prominentes se le alzaba jadeante. Las grandes alas, como de felpa negra, estaban plegadas ahora. Tenía las garras (*ésa* era la palabra; volvió a sentirlas y empezó a temblar), las garras extendidas para sostenerse sobre la arena movediza. Cuando ella echó a andar hacia él, al ver que estaba vivo, él trató de huir, arrastrándose por la arena, intentando sin éxito ponerse de pie, hasta que se desplomó otra vez de bruces y ya no supo nada.

Llegó la noche.

Ella (ella, fueron los pechos prominentes sobre el músculo pectoral, el gran rostro delicado y la vasta cabellera enmarañada jamás peinada lo que le hicieron suponerlo) estaba echada encima de él cuando se despertó. Se había dormido enroscado como un bolo fetal, y ella había estado protegiéndolo del viento de la noche, apretando contra él su largo vientre como tal vez hiciera (y probablemente hacía) con uno de sus

propios huevos. Hacía un frío peligroso. Y toda ella exhalaba el olor de un sofá enmohecido.

Tres días permanecieron juntos en la horrenda playa de guijarros. Durante el día ella lo protegía del sol con las alas y por la noche lo apretaba contra su olorosa persona, sus carnes duras. A veces partía en un vuelo pesado (las alas parecían no poder remontarla más de unos pocos metros, y luego seguía el torpe esfuerzo de tener que elevarse otra vez) y regresaba con un bocado de algo o una carroña para alimentarlo. Cierta vez una pierna humana, que él rechazó. Ella no parecía ofenderse, parecía no importarle que él comiera o no; daba la impresión, cuando lo miraba durante horas con esos ojos de ónix no humanos, de estar esperando a que muriera. Entonces ¿por qué todos esos mimos, si en verdad eran mimos?

Él trató (aturdido aún por la catástrofe tal vez, o por la insolación) de explicarle quién era, incapaz de imaginar que ella pudiera no oír. Había (dijo) fracasado en su empresa. Había partido de su triste tierra natal en busca de amor, de una esposa, un premio, para volver allí con él. Todos sus camaradas lo habían despedido, cada uno deseando en lo más recóndito de su corazón tener también la valentía de perseguir un sueño. Amor. Una mujer: una esposa elegida por amor: una madre de hombres ¿Dónde, en esa soledad?

Ella escuchaba, emitiendo de vez en cuando una especie de arrullo (un sonido extraño, líquido, que él empezó a esperar, porque parecía indicar comprensión; tenía la esperanza de que fuera ese sonido lo último que oiría antes de morir, envenenado por la comida que ella le traía y por ese mar de orina). El tercer día le pareció más probable que pudiera sobrevivir. Una especie de voluntad nació dentro de él con el amanecer. Tal vez pudiera continuar su aventura. Y ella, como si lo hubiera adivinado, ascendió con un pesado batir de alas hacia el sol y se posó en un promontorio rocoso a un kilómetro de distancia. Allí lo esperó.

Nada sino aridez hasta donde le alcanzaba la vista. Pero él creyó —rió a carcajadas al descubrir que lo creía— que ella sabía lo que él deseaba y quería ayudarlo.

Pero oh Dios, que espantosa travesía, que terribles sufrimientos tuvo que soportar. La soledad del desierto, que por poco no acabó con él, y la soledad peor aún de tener una compañera como ésa para ayudarlo. Fue ella quien buscó el camino. Fue él quien descubrió la charca. Ella se enfermó, y durante todo un mes lunar él la cuidó; ahora ya no podría vivir sin ella: con ninguna de esas otras bestezuelas —ratones, culebras— hubiera podido hablar; la alimentaba con ellas y él comía los restos que ella dejaba. Ahora ella volvía a volar. Estaban yendo a algún sitio. Una noche clara de afiebrada certeza, la pisó como un gallo.

De pronto, desde la cima de la sierra más árida vislumbró allá abajo, en el llano, detrás de los escombros del casi derruido último paso, unos campos verdes. Alcanzó

a ver una nube de agua en evaporación que acariciaba el aire, tal vez torres en el valle.

Allá abajo (dijo ella, de algún modo: por medio de signos, gestos y arrullos a los que él respondió con palabras, mostrando que entendía) hay un país gobernado por una reina. Nadie la ha conquistado, aunque ella ha buscado lejos a aquél que pueda merecerla.

Él se frotó las manos. Sólo los valientes (se dijo) merecen lo hermoso.

La dejó allí, en la frontera (le pareció) de su salvaje y desolada tierra natal. Bajó a grandes trancos por el paso, volviendo de tanto en tanto la cabeza, un poco avergonzado de haberla abandonado, pero con la esperanza de que ella comprendiese. Una vez, al mirar atrás, vio que había desaparecido. Había volado.

Era un país agradable. Un pueblo complaciente, fácil de conquistar con buenos modales y un corazón sincero. Ése es el castillo, allá, ese edificio blanco a los pies de cuyas torres ves una franja de sol crepuscular. Allá. Buena suerte.

Resistencia en las puertas, para ponerlo a prueba, pero él daba más de lo que recibía. La encontraría, por supuesto, en la cámara más encumbrada, después de subir esa escalera interminable y dejar atrás el piquete de guardias armados hasta los dientes (¿por qué siempre, siempre tantas dificultades? Pensó en los muchachos, allá en el pueblo, que le habían transmitido todo eso). Llegó a la última puerta; la abrió de un empujón, y se encontró en el parapeto más alto, cubierto de huesos y de un fétido guano pálido. Un enorme y desordenado nido de ramas y cosas sin nombre.

En ese mismo momento ella se posó, a su manera desmañada y grácil, y plegó las alas.

¿Lo sospechaste?, preguntó.

No, él no lo había sospechado; el corazón se le ennegreció de horror y comprensión; tendría que haberlo sospechado, desde luego, pero no, no lo había sospechado. Sintió cómo las garras de la atención de ella lo sujetaban, ineludibles; con un grito ahogado se volvió y se asomó al parapeto, midiendo la altura de la torre. ¿Debería saltar?

Si lo haces, yo me arrojaré detrás de ti (dijo ella), te atraparé y te traeré aquí de nuevo.

Él se volvió hacia ella y le dijo que su corazón nunca podría pertenecerle.

Podrías continuar tu aventura, dijo ella en voz baja.

Él miró otra vez a lo lejos, no hacia abajo sino hacia las tierras lejanas más allá de los prados y las granjas. Sí, podía hacerlo.

¿Qué hay allá?, preguntó. Más allá de esas montañas amarillas. ¿Qué es lo que produce esa voluta de humo?

Nunca he estado allí. Nunca he llegado tan lejos. Podríamos, dijo ella.

Bueno, demonios, dijo él. Por supuesto que no puedo volver. No con... no ahora.

Vamos, dijo ella, y se asió con las garras a las almenas del parapeto, agachándose para que él pudiera montarla.

Podría ser peor, pensó él, y caminó en puntillas hacia ella atravesando el estercolero; pero antes de sentarse en su grupa pensó con una angustia súbita y terrible: *Sin mí ella morirá.*

Pensaba en aquella a quien amaba desde hacía tanto tiempo, desde su niñez; aquella, quienquiera que fuese, por cuyo amor se había puesto en camino; la prometida que aún lo estaría esperando, al final de su aventura. Y él a punto ahora de partir en una dirección muy distinta.

¿Quieres conducir?, dijo ella.

Las granjas y los prados, las alamedas y las carreteras, las montañas y las ciudades, sin un fin a la vista en esa dirección.

Conduce tú, dijo él.



JOHN CROWLEY (Presque Isle, Maine, 1942). Es un escritor norteamericano, autor de *El verano del pequeño San John*, *Pequeño, grande*, *Ægipto* y *Magna obra de tiempo*; ha obtenido dos veces el renombrado World Fantasy Award. Vive con su mujer y sus hijas en una rara casa gótica junto a las colinas Berkshire en Massachusetts.